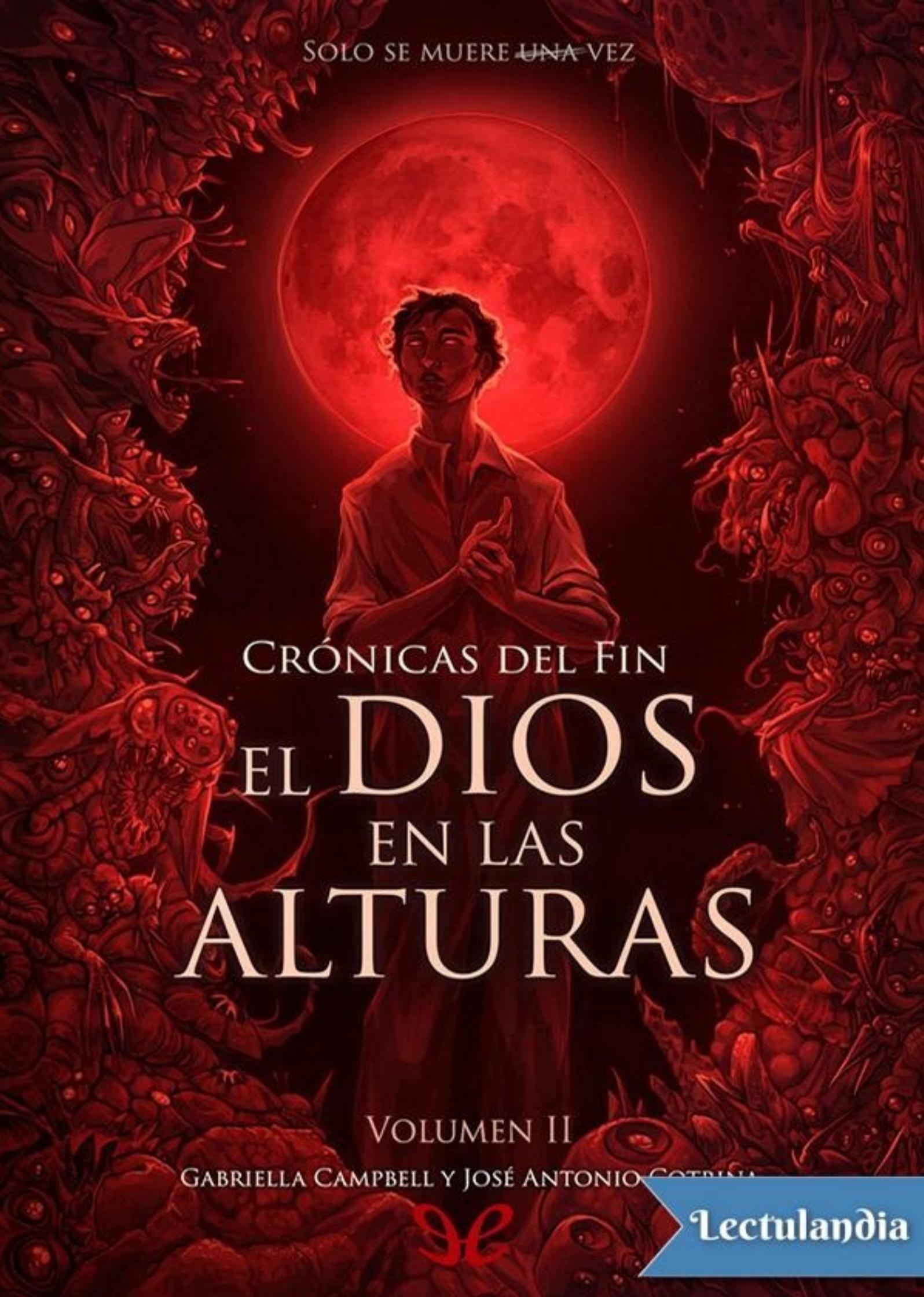


SOLO SE MUERE UNA VEZ

The cover features a central illustration of a man with dark hair and a light-colored shirt, standing with his hands clasped in front of him. He is looking upwards with a contemplative expression. Behind him is a large, glowing red moon. The background is a dense, intricate pattern of dark red and black, filled with various grotesque, multi-eyed creatures and organic forms, creating a sense of a dark, alien world.

CRÓNICAS DEL FIN
EL DIOS
EN LAS
ALTURAS

VOLUMEN II

GABRIELLA CAMPBELL Y JOSÉ ANTONIO COTRINA

Lectulandia

Gale ha tenido unos años difíciles, prisionero en un búnker donde ha sufrido todo tipo de pruebas y vejaciones. Ahora, por fin está en el exterior, pero eso no significa que sea libre. Tiene que escapar de Ciara y sus hombres, miembros todos de una extraña organización llamada Baluarte. Por si fuera poco, otras amenazas se ciernen sobre él y sus nuevos amigos. ¿Conseguirá huir antes de que lo arrastren otra vez a un nuevo infierno de prisión y tortura? ¿Puede confiar en Adra; puede confiar en que lo sacará de esta? Y, más importante, ¿por qué Adra lo mira de ese modo, como si fuera una anomalía, algo que no tendría que existir?

Lectulandia

Gabriella Campbell & José Antonio Cotrina

El dios en las alturas

Crónicas del Fin-2

ePub r1.0

Titivillus 11.03.18

Gabriella Campbell & José Antonio Cotrina, 2017

Ilustración de portada: Libertad Delgado

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este segundo libro es para Elena Pastor,
por su risa maléfica y su corazón gigante.

PRÓLOGO

El cielo está hecho de carne y vísceras.

De las alturas cuelgan remolinos de materia orgánica, hebras huecas, tubulares, que se desprenden del titán que nada en la mesosfera. Pasan ante su vista a mil kilómetros por hora, la velocidad del caza que pilota. Junto a ella vuela el resto de su escuadra, los pocos que quedan vivos. No los abrumba el bosque invertido que pende sobre sus cabezas y a Sarah le sorprende lo rápido que se han acostumbrado a la pesadilla. Contempla todo con frialdad, como si mirase a través de una cristalería escarchada. Entre el gigante en lo alto y su Eurofighter flotan grandes conglomerados rocosos, verdaderas islas a la deriva en lo alto. En una de ellas distingue los restos de una ciudad despedazada. Se pregunta si allí habrá supervivientes.

Sarah está más allá del pánico, más allá de la conmoción. Está en territorios inexplorados de la mente humana.

Las venas grotescas que caen del cielo dan paso a formaciones bulbosas que emiten una fosforescencia tenue. Más allá de la carne a medio congelar del monstruo, surgen formaciones cartilaginosas de kilómetros de longitud; algunas adoptan la forma de manojos de dagas, otras parecen glaciares a medio desprender. Es imposible no sentirse minúscula.

Sarah comprueba de forma mecánica las lecturas de la cabina de su Eurofighter Discordia. Los sistemas no funcionan como deben. Las pantallas principales están apagadas. ¿Importa? No cree que vuelva a tomar tierra; al menos, no entera. Nota el sudor pegajoso en la frente y en la espalda, hay un zumbido penetrante en sus oídos, tragar saliva le raspa la garganta. Este ha sido el último intento, la última acometida de una humanidad superada. Pero no ha sido una batalla: ha sido una matanza.

Casi daba la impresión de que se ofrecían en sacrificio a las bestias del cielo. ¿Cómo se puede luchar contra lo inexplicable? ¿Cómo derrumbar algo con el tamaño de mil ciudades? Sarah revive el momento en que una miríada de criaturas con un vago aspecto de estrellas de mar cubrió el caza de Bangladesh. Lo vaporizaron entre nubes incendiadas. ¿Y Cánovas? El engendro que le salió al paso, una pesadilla que parecía hecha a base de fusionar medusas y serpientes, se tragó su avión de un solo bocado. No, la humanidad no estaba preparada para combatir seres como aquellos. Había quedado demostrado. Fuerzas procedentes de más de diez países se habían dado cita sobre el mar Mediterráneo y no habían conseguido nada.

Sarah todavía tiene el resplandor del estallido de los misiles prendido en la retina;

los dispararon en ráfaga sobre uno de los órganos externos del leviatán, una especie de aleta que rasgaba las alturas a casi doscientos kilómetros de distancia de su posición. Pero ni siquiera bastó para hacer mella en el coloso que ha tomado los cielos.

Diez minutos después de comenzar la batalla, hace apenas media hora, recibieron la orden de replegarse. Ella soltó una carcajada, la misma que suelta ahora. ¿Replegarse? ¿Dónde? No hay lugar al que huir. Toda la Tierra es un infierno. Casi por inercia, pusieron rumbo hacia la misma base aérea de la que habían partido.

Sarah nunca ha creído en Dios. En su esquema racional y lógico nunca ha sido necesaria la existencia de un ser omnipresente y todopoderoso al que dirigir sus rezos. A su abuela Mariana, una católica fervorosa que llevaba siempre un rosario a cuestas, le espantaba su falta de fe. «Dios está en todas partes, hija mía. En lo pequeño y en lo grande. En lo triste y en lo alegre».

Sarah se pregunta qué pensaría su abuela si hubiera vivido para ver a los leviatanes. Llevan solo tres días en los cielos y ya han cambiado la faz del mundo. ¿Los habría catalogado como demonios? ¿La existencia de aquellos seres habría reafirmado su creencia en Dios? Para Sarah no ha habido ninguna revelación de fe. En un universo que contiene horrores semejantes no hay cabida para los dioses. Al menos para los dioses de los hombres.

Sarah no dio crédito cuando llegaron los monstruos. Vio las imágenes en televisión y en la red, vio el fulgor lejano al otro lado de la ventana, pero todo tenía el pulso artificial de una película de cine. Fueron ocho las grietas que se abrieron en el cielo, cuatro en el hemisferio sur y otras cuatro en el norte; cruzaron por ellas seres inmensos, impensables. Uno de ellos, situado en el Índico, era grande como media Asia. Los llamaron *leviatanes*. Miles de engendros de todo tipo los siguieron a través de las grietas, criaturas que solo parecían tener en común su ansia por destruirlo todo.

Las comunicaciones globales no tardaron en venirse abajo, pero en el intervalo las noticias no pudieron ser más aterradoras. La simple presencia de aquellas aberraciones parecía estar afectando al planeta. El mar del Sur estaba en llamas; África occidental, cubierta de hielo. Buena parte de Centroamérica había perecido, asfixiada por huracanes venenosos. Era el apocalipsis, de eso no había duda. Ocho horas después de la apertura de las grietas, la red mundial quedó destruida y las noticias que llegaban de otros puntos del orbe cesaron. Tuvieron que recurrir a otros métodos de comunicación local, a las viejas líneas telefónicas y a los canales de radio (y también comenzaban a fallar). Cada vez era más difícil saber qué ocurría al otro lado del globo. Cada vez era más difícil saber qué ocurría en tu propia ciudad.

«Es el fin de los tiempos —piensa Sarah—. No hay vuelta atrás».

Aprieta los dientes, intenta ignorar la sequedad abrasadora de su garganta. Están a diez minutos de la base aérea. Las señales fluctúan, van y vienen. Todo está en colapso; el horizonte al este se ilumina, se vuelve verde, de un verde enfermizo. Los cazas vuelan muy juntos, alertas a su entorno. De detrás de una formación ósea que

parece una cordillera al revés surge un enjambre de criaturas negras: tienen cinco pares de alas, de distintas longitudes y anchura, y parecen afiladas como cuchillos. Durante unos instantes, lo cubren todo. Los Eurofighters pasan a través de ellos y los dejan atrás con facilidad.

El radar vuelve a la vida sin previo aviso y siluetea una mancha en las proximidades, una sombra que llega desde el sur. Su velocidad es pareja a la de Sarah. Mide unos veinte metros de largo y ni su movimiento ni su forma tienen que ver con el ingenio humano. Es una criatura imposible: no hay anatomía que pueda generar la velocidad de un Eurofighter. Sarah rompe a reír. Su mente sigue empeñada en hallar lógica en un mundo que se ha vuelto loco.

La sombra irrumpe en medio de la escuadra. Es una bestia con aire de antiguo dragón oriental; su cabeza, descomunal, tiene algo de serpiente y anfibio, de lobo y lagartija. Cuenta con dos pares de alas, decenas de patas cortas y una suerte de brazos erizados acabados en una única garra, un garfio de hueso negro. El avión de Susan estalla en pedazos cuando la bestia lo golpea con su cola. Los ojos del monstruo son abismos rojos. Vomita una sustancia negra sobre otro de los cazas. Vuela junto a ellos, arrastra muerte. Abren fuego. Varios misiles aire-aire surcan la distancia que los separa e impactan de lleno contra la criatura. Hay explosiones de sangre y hueso, pero el enemigo no afloja: la carne y fluidos que ha perdido lo siguen como una estela. El fuego se recrudece, al igual que los estallidos. Pero no hay nada que hacer, nada hay en su arsenal para derribar al espanto. Todo es inútil. Los aviones se precipitan uno a uno al vacío. Sarah no puede más. Vira y deja atrás a los suyos y al monstruo que los masacra. Llora.

La base aérea se adivina a lo lejos. Está en llamas. Y hay figuras a su alrededor, sombras que parecen saltar y bailar, celebrando la derrota de la humanidad. Sobre las ruinas ennegrecidas se alza un segundo sol, una esfera roja que flota entre los escombros y la panza del leviatán. Parece una burbuja de sangre coagulada. Tiene espinas por toda su superficie y cada una de ellas es tan grande como una catedral. Crecen sobre él árboles de cristal, unidos entre sí por una membrana gelatinosa.

No hay lugar al que huir. No hay salvación posible. Todo está perdido.

Casi sin pensar enfila hacia la esfera encarnada. Es un acto desesperado y lo admite. El mundo ha enloquecido, sí, pero al menos ella todavía tiene la posibilidad de elegir cómo va a morir. Escoge que sea así, arremetiendo contra uno de esos demonios. Acelera el Eurofighter y aprieta los dientes. La criatura es enorme, una montaña en el cielo, aunque la empequeñece la magnitud disparatada del leviatán que vuela sobre el mundo.

«No somos nada —piensa Sarah—. Solo vida que se acaba. Pero podemos morder mientras termina».

El impacto se produce a casi dos mil kilómetros por hora. La explosión subsiguiente se convierte en una pequeña nova enquistada en la anatomía del monstruo. Este se viene abajo envuelto en llamas. Emite un sonido extraño,

lastimero, una mezcla entre maullido y desinfe.
Nadie lo escucha.

UNO

Gale levantó el colchón con cuidado y miró debajo. Deslizó las manos por las costuras de los bordes hasta dar con lo que buscaba. Ignoraba de quién era aquella celda, pero los pocos prisioneros que había conocido hacían siempre lo mismo. Algunos guardas lo sabían, pero miraban para otro lado. No todos eran unos cabrones.

Comenzó a tirar del nudo torpe de hilo hasta abrir un agujero en la costura. Introdujo los dedos entre la espuma del colchón y palpó dentro; enseguida halló un bulto pequeño, un envoltorio de tela que hacía de bolsa. Lo abrió con tiento: dentro había tres caramelos de color rosa, con forma de corazón.

Gale suspiró. Ese era el tesoro del ocupante de la celda. Debía de estar muerto, un cadáver más en la carnicería de fuera, pero aun así sintió una punzada de culpabilidad al robarle los caramelos. ¿De dónde los había sacado? ¿Qué significaban? Nunca lo sabría. Gale recordó lo que ocultaba en su propio colchón: un dibujo. Ese era su bien máspreciado (su único bien, a decir verdad). Era un retrato de Margo. Lo había dibujado al final de su primer año de encierro, cuando se dio cuenta de que estaba olvidando el rostro de su amiga. En aquel tiempo todavía concedían ciertas libertades a los prisioneros, de hecho, ni siquiera los llamaban así. Los llamaban *pacientes* y, alguna que otra vez, *sujetos de experimentación*. Luego llegó Klaus y las cosas cambiaron.

Se preguntó si los cruzados habrían matado también a Klaus. Sospechaba que no iba a tener tanta suerte. Klaus pasaba la mayor parte del tiempo lejos de aquella granja de monstruos, ocupado en menesteres de los que Gale prefería no saber nada.

Pensar en Klaus siempre lo ponía nervioso. Cómo lo había engañado su aspecto bonachón en un primer momento: esa sonrisa afable, esa mirada dulce, esa barba blanca y bien cuidada... «Eres mi favorito, ¿lo sabes, verdad?», solía decirle. Recordó como le guiñaba un ojo justo antes de subir el volumen de carga en las pruebas de respuesta o como le palmeaba siempre en la cabeza antes de meterlo durante horas en aquel ataúd húmedo que olía a quemado y sudor. Recordó las bromas groseras que le hacía cuando lo llevaban a la habitación donde lo obligaban a...

Apartó a Klaus de sus pensamientos y se asomó a la mirilla; al menos Adra no había cerrado la pequeña portezuela que la cegaba. El galgo se incorporó en cuanto advirtió su presencia. Apoyó las patas delanteras en la puerta y con la lengua fuera le

dedicó una de sus miradas de perro desconcertado y moderadamente feliz. No dejaba de batir la cola con energía. Izquierda, derecha. Izquierda, derecha.

—Si pudiera te daría uno, Winston. —Le mostró un caramelo y frunció el ceño, pensativo—. ¿Sabes si los perros podéis comer estas cosas?

No hacía más de quince minutos que Adra se había marchado, pero una parte de su cerebro (la más racional y, quizá por eso, la más pesimista) había interpretado aquello como un portazo definitivo a sus posibilidades de fuga. Adra no regresaría o, en caso de hacerlo, sería para llevarse a su perro con ella, aunque fuera a rastras, y a él lo abandonaría allí, condenándolo a morir de hambre o a volver a caer en manos de los que controlaban aquel lugar. O tal vez fueran los cruzados quienes regresaran y terminaran con él de una vez por todas.

Sin embargo, la parte menos racional de su cerebro, la que estaba más conectada a sus entrañas y su instinto, tenía esperanza.

Porque Gale estaba convencido de que la aparición de Adra era importante. Lo había sentido nada más recuperar la conciencia y verla allí, de rodillas entre los muertos. Había tenido la certeza de que existía una conexión entre ambos, un vínculo tan fuerte que pudo notarlo pese a su aturdimiento. Tuvo la sensación absurda de que, de alguna forma, había regresado a casa. Pero Adra se había ido.

—Tu amiga no está muy bien de la cabeza, ¿verdad?

El perro no contestó, se limitó a mirarlo con la lengua fuera y a mover la cola.

Gale miró más allá de Winston. Alcanzaba a ver los cadáveres de sus compañeros de encierro, deslavazados en el suelo. También había guardias. Y personal médico. Los cruzados no habían hecho distinciones.

Recordaba poco del ataque. Se había quedado adormilado después de la cena. Había comido sin ganas de la bandeja que había encontrado en la cama después de regresar de la batería de pruebas por las que había pasado esa tarde. No habían sido desagradables, solo unos análisis de rutina y una extracción de sangre; le había tocado Johan, que nunca hablaba, pero era preciso y metódico. Johan nunca le hacía daño cuando le clavaba la aguja. Y era mil veces mejor que Tira, la que te miraba de ese modo voraz cuando gritabas, como si se alimentara de tu dolor. O Swen, el nuevo, que nunca acertaba con las agujas y no hacía más que disculparse, nervioso, como si le costara habituarse a trabajar con alguien que, al menos en apariencia, era tan humano como él. «Ah, la culpa —pensó Gale—. Si de verdad te hubieras sentido tan culpable, no habrías estado ahí, metiéndome una sonda por el culo».

Primero había escuchado disparos, luego los gritos. Estaba muy habituado a los segundos, pero no a los primeros. Se había levantado del camastro y se había acercado a la puerta de la celda, inquieto. «¿Qué passa? ¿Qué passa?», preguntaba asustada Marie, su vecina de celda. Una vez había conseguido morder a un guarda: ahora, casi sin dientes, hablaba entre siseos.

Los cruzados abrieron las puertas. Los obligaron a salir, entre gritos, empujones y más disparos. A Swen le habían partido la cara de un culatazo. Gale había intentado

resistirse: aquellos hombres traían la muerte consigo y él, a pesar de todo, no quería morir. Lo habían sacado de la celda a golpes.

Uno de ellos, no muy alto, apenas podía cargar con el lanzaensalmos descomunal que llevaba. Había apuntado hacia ellos con gesto rígido y había apretado el gatillo mientras les deseaba buenas noches. Y Gale dejó de respirar. Cayó al suelo, con las manos en la garganta, intentando coger aire, sin conseguirlo. El mundo se apagó y solo hubo oscuridad, una oscuridad absoluta.

Pero eso fue antes. No sabía cómo se había librado de esa muerte que había devorado a sus compañeros, pero estaba vivito y coleando, y esperaba seguir así. Escuchó un ruido fuera y volvió a asomarse al ventanuco de la puerta. La luz tenue del pasillo llenaba de grises su prisión, en las esquinas verdeaba el moho.

—¿Winston? —El perro estaba alerta, pendiente del fondo de la galería. A Gale le pareció oír pasos.

El galgo sacudió la cola de nuevo, con fuerza. Parecía contenerse, como si quisiera mantener un mínimo de dignidad y no salir corriendo hacia ese algo que se acercaba.

—¿Es Adra? ¿Ha vuelto? —Gale intentó tranquilizarse; no quería hacerse ilusiones.

Los pasos se convirtieron en sombra, la sombra en figura y Adra surgió de entre la luz mortecina. Cojeaba un poco, pero parecía entera. Gale nunca se había alegrado tanto de ver a alguien. Renqueante, llegó hasta la celda y acarició a Winston al pasar. La joven traía la capa algo chamuscada y la piel tiznada de negro; tenía algunas marcas rojizas en la mano desnuda y en los brazos, tal vez quemaduras, pero no parecía estar herida de gravedad. Llevaba el lanzaensalmos enfundado y a Gale eso le pareció buena señal.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, pero ella no dio muestra de haberlo oído. Parecía distraída—. ¿Qué ha pasado allí abajo? —repitió, más alto.

—Encontré al Chacal y lo maté —dijo Adra, con la confusión pintada en el rostro, como si hubiera olvidado que él estaba allí, al otro lado de la puerta—. Al menos eso creo. Ya no quedan cruzados, están todos muertos. —Miró a Gale a través de la mirilla y el joven creyó detectar en sus ojos un matiz de alarma—. ¿Tú cómo estás?

—Encerrado, como me dejaste —contestó—. ¿Podrías sacarme de aquí, por favor?

Ella dudó. Fue una vacilación breve, pero a él le puso el corazón en un puño. Al final asintió, retiró el cerrojo y abrió la puerta.

Gale salió de la celda y miró alrededor. Se acarició el brazo derecho con la mano izquierda.

—Sabía que volverías —dijo.

—Pues ya sabías más que yo —murmuró ella. Lo miraba de forma extraña, muy similar a la forma en que lo habían mirado los primeros médicos que lo trataron en

aquel lugar, como si fuera una criatura extraña, nunca vista, a la que les gustaría viviseccionar. Luego sacudió la cabeza y miró hacia arriba, preocupada—. Tenemos que movernos rápido.

—¿Qué pasa? —preguntó Gale.

Adra le hizo un gesto para que guardara silencio. Winston también estaba nervioso; daba vueltas alrededor de ella, con la cola entre las patas.

—Los tenemos encima —dijo Adra.

Se mordió el labio inferior y se acercó a los cadáveres de la galería. Comenzó a caminar entre ellos, en busca de algo. Gale la siguió, curioso. Su intriga se transformó en sorpresa cuando Adra se agachó ante una prisionera muerta y comenzó a quitarle la ropa con urgencia.

—¿Qué haces? —preguntó, espantado.

Adra siguió dando la callada por respuesta. Una vez desvistió al cadáver procedió a desnudarse. Gale desvió la mirada con rapidez.

—Vaya, un caballero —se burló Adra. Suavizó enseguida el tono—: El guardia de arriba hizo una llamada de auxilio antes de que lo mataran y la ayuda está al llegar.

Gale se preguntó cómo lo sabía. La miró de reojo mientras se vestía con el mono que acababa de quitarle al cadáver. Vislumbró el atisbo oscuro de un pezón y la curva de un seno. Apartó la vista de nuevo.

—Prefiero que me tomen por una prisionera a que piensen que he tenido algo que ver con esta matanza —dijo Adra. Gale escuchó el sonido de una cremallera que subía—. Winston, aquí.

El perro se acercó a ella y Gale se dio la vuelta. La joven guardó las botas y el lanzaensalmos en las alforjas del galgo y ocultó el resto de la ropa bajo los cadáveres. Luego agarró del cuello a Winston y le habló despacio, con la cara casi pegada al morro negro y alargado.

—Testamento. Vuelve a casa, Winston. Hay gente mala fuera, que no te vean. Testamento, ¡ya!

El galgo no dudó ni un segundo. Pasó de la inmovilidad absoluta a la carrera al instante, como si hubiera saltado un resorte que llevase horas en tensión. Desapareció por las escaleras, rumbo al piso de arriba.

—¿De verdad entiende lo que le dices?

—Cuando le conviene. —Prestó atención y Gale con ella. No se oía nada, pero era un silencio intenso, preocupante—. Estará bien —dijo Adra—. Es sigiloso y rápido. Conseguirá escabullirse.

Gale ahora sí logró escuchar algo. Dos detonaciones amortiguadas por la distancia, casi inaudibles. Miró a Adra, preocupado.

—Estará bien —insistió ella.

La joven le quitó las zapatillas de fieltro al cadáver de la mujer, pero enseguida comprobó que le venían grandes. Agarró sin contemplaciones a otro cuerpo cercano: examinó su calzado, asintió y se hizo con él. Los pies de la joven destacaban entre las

sombras de la luz enferma, blancos, muy blancos en contraste con el resto de su cuerpo.

—Entonces... ¿cuál es el plan? —preguntó Gale—. ¿Tienes uno o estás improvisando sobre la marcha?

—El plan es poner cara inocente y parecer inofensivos —dijo—. Y escapar en cuanto tengamos una oportunidad.

—¿Y si no la tenemos? En el tiempo que llevo en este sitio no he tenido ninguna.

—La tendremos —aseguró ella.

Gale sacudió la cabeza. Creyó escuchar ruido arriba, tal vez el paso de alguien que intentaba ser sigiloso. Respiró hondo. Venía ayuda, o eso había dicho Adra. Pero, ¿qué clase de ayuda? Miró alrededor, sin saber qué hacer. ¿Escuchaba susurros o era su imaginación? Si Klaus estaba allí, estaría perdido.

Contempló a uno de los guardias, reventado contra una pared, y cayó en la cuenta de que todos los que conocían su rostro estaban muertos (a excepción del cabrón de Klaus). Se acercó al montón de cadáveres. Distinguió un cuerpo más o menos de su tamaño: un hombre joven, no mucho mayor que el propio Gale. Con rapidez, empezó a despojarlo de su mono. El chico tenía la cara desencajada y la lengua fuera y a Gale le pareció que lo miraba con rencor. Tal vez era el dueño de los caramelos, pensó.

—¿Qué haces? —le preguntó Adra.

—¿Me ayudas?

Adra dudó un instante, pero lo ayudó a tirar del cuerpo y a quitarle el mono. Mientras terminaba de sacárselo, Gale comenzó a arrancarse el suyo.

—¿Qué más te da un mono que otro?

Gale no respondió, ocupado en cambiarse el uniforme. Adra guardó silencio unos instantes.

—Tienen número de identificación —dijo—. No quieres que sepan quién eres.

—Es solo que no me gusta mi número —dijo Gale con una sonrisa nerviosa—. Me ha traído mala suerte.

Adra le hizo un nuevo gesto para que callara y señaló hacia arriba. Ahora se oían pasos con toda claridad.

—Haz lo que te diga y todo irá bien —le susurró.

—¿Seguro que es una buena idea? —preguntó él.

La joven le dirigió una mirada indescifrable.

—No —contestó y se giró hacia la escalera.

Algo llegaba.

DOS

Un ojo flotaba a media altura en la escalera como una luna pequeña y grotesca. Hizo un barrido lento de izquierda a derecha. Era verde, un ojo humano con el iris musgo y mustio; colgaba de él una trenza de nervio óptico.

Gale retrocedió un paso, sobresaltado. Nada más moverse, el ojo fijó su atención en él. La mirada solo duró unos segundos, pero Gale sintió como si lo volviesen del revés y le escrutaran las entrañas.

Seis figuras descendieron por las escaleras, cautas. Vestían trajes de cuero negro e iban armados con algún tipo de rifle bayoneta. Gale se fijó en que varios también llevaban lanzaensalmos, muy parecidos al de Adra. Se desplegaron con rapidez y eficiencia en el primer tramo de la galería. Uno de ellos, una mujer de tamaño considerable, encañonó a Adra de forma brusca. Como el resto, llevaba un casco negro que solo dejaba la boca al descubierto. Era una protección peculiar, de un material iridiscente con perforaciones y abombamientos extraños aquí y allá; parecía orgánico, como si le hubieran arrancado la cabeza a un gran insecto para usarla de yelmo. Gale se preguntó cómo podían ver con aquella cosa puesta.

Adra levantó las manos al momento y él la imitó.

—No dispaes, por favor —dijo la joven, casi en un susurro. Luego añadió, con voz temblorosa—: No nos hagáis daño.

Gale la miró de reojo. Era ridículo verla fingir, pero su interpretación pareció convencer a los recién llegados. La mujer se relajó y bajó unos centímetros el arma.

—¿Cuántos son? —preguntó. Por el tono de su voz, cortante, parecía acostumbrada a que respondieran rápido a sus preguntas.

—No lo sé —dijo Gale. A él sí se le daba bien mentir—. Estábamos en uno de los laboratorios, a la espera de que nos hicieran unas pruebas y... Nos escondimos bajo una camilla cuando escuchamos los primeros disparos. Hemos salido ahora y nos hemos encontrado con esto.

—Los han matado a todos —murmuró Adra. Se llevó las manos a la cara, como si intentara contener el llanto. Gale estuvo a punto de soltar una carcajada histérica—. Hace un rato oímos gritos en los niveles inferiores. Desde entonces, nada. No sabíamos qué hacer.

La frase de Adra terminó en un gemido. Tras un segundo de silencio, la mujer hizo un gesto con la mano a sus compañeros y estos se adentraron en la galería, sin prestar atención a la montonera de cadáveres. Uno de ellos pisó una mano y a Gale se

le encogieron las tripas al escuchar el crujido de las falanges. Comenzaron a examinar las distintas dependencias del nivel, a la búsqueda, supuso Gale, de enemigos ocultos.

La mujer se quitó el casco y examinó a los dos prisioneros, sin bajar el arma del todo. Tenía el pelo negro muy corto y expresión desconfiada; la nariz estaba aplastada y algo torcida, como si se la hubiera roto en más de una ocasión. Su mirada se detuvo de nuevo en Adra, quien aguantó el escrutinio metida en su papel de víctima asustada. Gale procuró adoptar una actitud sumisa. Fue fácil. Se había pasado los últimos años haciendo lo posible por parecer inofensivo, invisible, en un intento de que lo pasaran por alto, de que no contaran con él y lo olvidaran. No había funcionado demasiado bien.

—No tenéis por qué tener miedo —les dijo—. Al contrario. Estamos aquí para garantizar vuestra seguridad.

—¿Qué vais a hacer con nosotros? —preguntó Adra.

Uno de los hombres se acercó a ellos e interrumpió la conversación.

—Vía libre, Ciara —le anunció.

La mujer hizo un nuevo gesto, esta vez en dirección al ojo que seguía flotando al pie de la escalera. Poco después, tres figuras más descendieron por ella. Eran diferentes al resto, no solo por llevar el rostro al descubierto. Vestían uniformes grises, similares a los monos de prisionero y también tenían el emblema en forma de torre bordado en la solapa. Uno de ellos era un hombre negro e inmenso que llevaba un moño trenzado, sujeto con un palillo afilado de metal. Caminaba junto a él una mujer calva y menuda, de ojos plateados, que miraba inquieta alrededor. El tercer hombre, el más retrasado, era alto, pálido y solo tenía un ojo: un ojo idéntico al que los había examinado un minuto antes y que ahora flotaba sobre su hombro.

—Este nivel es seguro —dijo Ciara a los recién llegados—. Vamos a seguir descendiendo. —Se dirigió al hombre negro—: ¿Azor, puedes comunicarte con tu hermano desde aquí?

—Apenas. Hay demasiadas interferencias.

—Entonces de poco nos sirves —gruñó Ciara—. Sal y di a la escuadra tercera y cuarta que se reúnan con nosotros. Llévate a estos dos contigo —ordenó, señalando a Adra y Gale.

Azor hizo un gesto vago, parecido a un asentimiento. Miró a sus nuevos prisioneros.

—Seguidme —les pidió.

Gale arriesgó una mirada rápida hacia Adra. Esta obedeció, mansa, y Gale no tardó en imitarla.

Le costaba respirar y sentía una pesadez agotadora en sus miembros, como si pesaran el doble de lo habitual. Inspiró hondo y sus pulmones se llenaron de la peste a matanza de la galería. Fijó su atención en las escaleras. Azor los precedió en el ascenso, se movía despacio, examinándolo todo con atención. Cuando llegaron

arriba, Gale no reconoció el lugar y no solo por los signos de lucha. ¿Cuánto hacía que no abandonaba el segundo nivel? Mucho. Dos o tres años. El tiempo perdía significado allá abajo. Polillas luminosas revoloteaban por el techo y mordisqueaban los bordes de la realidad. Pedían auxilio con voces mínimas.

En el primer nivel había otra docena de hombres armados, todos con sus trajes negros y ceñidos, y aquellos cascos que les daban aspecto de hormigas mutadas. Azor, el hombre del moño, transmitió las órdenes de Ciara y los soldados bajaron al instante. Hizo un gesto a Gale y a Adra para que siguieran caminando.

Al ver los peldaños que conducían afuera, Gale luchó de nuevo por tomar aire. «¿Se puede tener miedo de la libertad?», se preguntó. Recordó el dibujo de Margo, oculto en su colchón, y casi entró en pánico. Estuvo a punto de pedirle a Azor que regresaran, de decirle que necesitaba volver a su celda, que había dejado atrás algo importante.

«La olvidaré, si no me llevo el dibujo la olvidaré. Mierda, la voy a olvidar».

Las escaleras condujeron al sótano del edificio en ruinas. El lugar era más inhóspito de lo que recordaba. Gimió al pisar algo inesperado; se examinó el pie derecho, pero no era más que una piedra que se le había quedado incrustada en la suela de la zapatilla. La extrajo con rapidez y se limpió la mano contra la ropa.

Allí aguardaba el resto del contingente, desperdigados por todo el lugar. Eran cerca de una veintena de hombres y mujeres armados. Azor pidió a dos soldados que se hicieran cargo de Gale y de Adra. Los escoltaron hasta una esquina y uno de ellos les ordenó que se sentaran; Adra se encogió y se hizo un ovillo contra la pared. Uno de los hombres pareció quedar al cargo de su vigilancia, aunque no tardó en alejarse un poco, como si quisiera darles intimidación o, lo más probable, como si no les concediera ninguna importancia. «Sabe que no tenemos oportunidad de escapar», se dijo Gale, mientras contemplaba a los centinelas dispuestos en las escaleras que conducían a la parte superior. No había otra salida. Se preguntó si vería la luz del día después de tanto tiempo. Qué maravilloso sería volver a verla, por polvorienta que fuera.

—¿Qué crees que están haciendo? —le susurró a Adra.

—Asegurarse de que no quedan cruzados allí abajo. Tal vez... tal vez quieran recuperar algún cuerpo. Ya no están aquí los cadáveres que vi al entrar. —Señaló hacia un lado del sótano: todavía quedaban restos de sangre. Las paredes estaban cubiertas de runas, muchas de ellas tachadas, emborronadas. Inutilizadas—. Supongo que luego descubriremos qué nos tienen reservado a nosotros. —Bajó la voz—. Necesito que me cuentes más cosas sobre este sitio, Gale. Voy a ciegas.

—Poco puedo contarte —dijo él—. Experimentan con contaminados y lo llevan haciendo desde hace tiempo. No sé qué buscan. No sé qué pretenden. Nunca me lo han dicho. —De nuevo tuvo ante sí el rostro beatífico de Klaus: «Sois el futuro, mis niños. Y tú más que nadie». Revivió el momento en que su mano se detuvo en la cara interna del muslo de Gale. Se estremeció: todavía podía sentir su tacto frío y pegajoso

—. He perdido la cuenta de las veces que me han inyectado cosas, de las descargas... de todo lo demás. —Apretó los dientes. Recordar era duro—. No puedo volver abajo —dijo—. Simplemente no puedo.

—No volverás allí abajo —dijo ella. Y a Gale le sonó casi como una promesa.

Adra volvió a encogerse y desde su posición se dedicó a examinar a los soldados más cercanos. Gale, a su vez, la examinó a ella con disimulo. Tenía la nariz larga y los rasgos duros. Le gustaba mirarla, era como intentar recomponer un puzle. Le habían dado muchos rompecabezas ahí abajo, entre prueba y prueba (¿o eran pruebas también todos esos puzles?). Se preguntó cómo sería tenerla de amiga. Hacía demasiado que no tenía nada de eso. Pensó en Margo, en su dibujo. Se prometió que si salían de esta, dibujaría a Adra.

.....

Se acurrucó contra la pared sucia. El tiempo transcurría lento, tenso: todos parecían aguardar algo. Prestó atención a Azor, que caminaba cerca, sin parar de hablar solo. Adra y Gale se miraron extrañados. Aguzó el oído, pendiente del aparente monólogo.

—Plata se caga viva, ya te digo. Todas las protecciones están comprometidas y el sistema de camuflaje no tardará en venirse abajo. —El hombre hacía pausas, como si alguien respondiera—. Lo sé; pienso estar muy lejos de aquí cuando eso ocurra. —Pausa más larga—. ¿Qué quieres que te diga? Dependerá de lo rápido que venga el cargo... ¿Podrías enterarte, por favor? —Un nuevo silencio—. ¿Qué dice el doctor Carter sobre los especímenes?

Gale se estremeció. Carter era el apellido de Klaus, el hombre enfermo que había gobernado su porción de infierno. Azor seguía hablando:

—Del segundo nivel tenemos dos, pero puede que encontremos más en los pisos inferiores. —Otro silencio, corto—. Ahora mismo te digo.

Se acercó a ellos a paso vivo. Gale notó como Adra se tensaba junto a él, pero Azor solo miró los números de su pecho.

—No ha habido suerte —dijo—. Especímenes quince y veinticinco. Si estaba en ese nivel, el veintidós estará muerto. Ese lugar es un puto matadero.

Gale tragó saliva y aguantó la mirada de Adra, a la espera de algún comentario. Pero Adra no dijo nada.

.....

¿De quiénes eran los monos que habían cogido?, se preguntó Gale. ¿Con qué talentos contaban aquellos contaminados? Esperaba que nada demasiado excéntrico, nada que pudiera delatarlos con facilidad. Gale resopló: ¿cuánto tardarían en

descubrir que no era el sujeto que indicaba su ropa? Allí no había nadie que lo conociera físicamente, de eso estaba convencido. Pero sospechaba que Klaus no estaba lejos. En cuanto lo viera, estaría perdido.

«Sin ti todo esto no sería posible, mi pequeño»: la voz sonó de nuevo en su cabeza. Y sintió la mano que ascendía, despacio, por su muslo.

Un grupo de soldados emergió de la trampilla: custodiaban a varias criaturas peculiares, más prisioneros de Klaus y los suyos. Los primeros en salir fueron una mujer desnuda, con cabeza de anémona y ramilletes de tentáculos por brazos, y un joven castaño que era una mezcla entre ser humano y arácnido; su tronco, sus extremidades superiores y su cabeza eran de hombre, pero por debajo de su tórax crecía un abdomen enorme, negro, del que surgían ocho patas quebradas y peludas. Llevaba la parte de arriba de un mono de prisionero adaptado a su fisonomía, tan desgarrado que casi parecía un conjunto de trapos mal cosidos.

Después salieron dos chicos, apenas niños. Eran gemelos, diferenciados solo por el color de sus ojos: uno los tenía de un verde vivo y el otro de un rojo espeluznante. Gale enarcó las cejas al verlos en un gesto disimulado de reconocimiento: sabía que los conocía de algo, aunque no recordaba qué. Ambos caminaban ausentes, como en trance.

Condujeron a los presos junto a Adra y Gale. El joven araña parecía a punto de echarse a llorar. Sus ojos eran dulces y estaban llenos de horror; olía a menta. Gale lo examinó con una mezcla de ternura y admiración: jamás había visto algo que combinara una apariencia tan monstruosa con un rostro tan vulnerable.

Poco después, Ciara salió de la trampilla escoltada por varios de sus hombres. Parecía preocupada. Detrás iba la mujer de ojos plateados. Gale dedujo que era a la que llamaban Plata y pensó que parecía a un segundo de ponerse a gritar. El tono de su voz se elevaba, sus gestos rebullían:

—¡No tenemos tiempo, Ciara! ¡Las protecciones están hechas pedazos! ¡Tú lo has visto! Han abrasado las runas de contención, ¡tenemos que marcharnos de aquí antes de que todo el sistema se vaya a tomar por culo y el Chacal nos encuentre!

Gale miró a Adra. Ella parecía tan perpleja como él.

—Chacal... —murmuró la mujer anémona, cerca de ellos. Su voz era apenas un susurro eléctrico—. Tienen miedo al Chacal.

—El Chacal está muerto —dijo Adra entre dientes—. Ardió.

Ciara preguntó algo al hombre de la trenza que Gale no alcanzó a oír. Plata sí lo escuchó: gruñó y sacudió la cabeza.

—¿Dos horas? —dijo—. ¡Es demasiado tiempo! ¡Las protecciones no durarán tanto!

—¿Hay alguna forma de frenar la degeneración? —preguntó Ciara.

Plata agitó los brazos, furiosa.

—¡Necesitaría sangre envenenada, mucha sangre! Tendría que repasar las runas una por una y no tengo ni idea de cuánto tiempo nos conseguiría eso. No mucho, eso

os lo puedo asegurar.

—Allí abajo tienes sangre de sobra —le dijo Ciara. Se giró hacia uno de sus lugartenientes, un hombre con aspecto de armario—. ¡Garriga, que tu equipo ayude a Plata en lo que pida! ¡Vamos! —Se dirigió a otro de los suyos—. ¡Almansa, preparad las cargas, tenemos que volar todo esto! En cuanto llegue el cargo, saldremos de aquí cagando leches.

—¿Qué está pasando? —preguntó Adra a uno de los hombres armados más cercanos. Este la ignoró—. ¿Qué van a hacer con nosotros?

Quien respondió fue la mujer anémona, en un nuevo susurro:

—Quieren llevarse la cabeza. La temen, pero la necesitan, porque sin ella no son nada. A nosotros nos llevarán con ellos; a los que no puedan trasladar los dejarán allí abajo para que mueran.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó Gale, horrorizado.

—Telepatía unidireccional de baja intensidad —murmuró Adra.

Gale entendió, entonces.

—¿Puede leer mentes?

—Puedo oírlas. Todas las mentes. —Sus pequeños tentáculos se movían, como si respondieran a la brisa de su aliento. Su boca estaba enterrada en el centro, casi oculta entre los filamentos rosados—. Todas las voces a un mismo tiempo. Susurran, murmuran, gritan... —Emitió un sonido extravagante y corto, casi un eructo.

—¿Cómo van a llevarse la cabeza? —le insistió Adra, en voz baja—. Ya no puede quedar nada.

—Algo queda, lo suficiente —siseó la telépata—. Cualquier resto le sirve para regenerarse. Tienen prisa. Mucha prisa. Las protecciones se vienen abajo. Las protecciones que ocultan este lugar, que lo esconden... Tienen miedo de que el Chacal los encuentre. Chacal, Chacal, Chacal...

Adra se echó hacia delante hasta quedar casi frente a frente con la telépata.

—¿De qué estás hablando? —dijo—. El Chacal está ahí abajo. Acabo de prenderle fuego.

—No. Nonono —contestó la mujer anémona. Los tentáculos se movieron hacia Adra; casi la tocaban—. Prendiste fuego a su cabeza. El Chacal es el monstruo al que se la arrancaron. Se la cortaron. Pero eso no lo mató. Sigue vivo.

»Y quiere recuperar lo que es suyo.

TRES

Adra no apartaba la mirada de la mujer anémona. Gale tampoco podía evitarlo. Su aspecto era extraordinario. No dejaba de emitir burbujes y sonidos extraños, melódicos; era como si estuviera cantando, como si nunca dejara de cantar: hasta cuando hablaba se escuchaba de fondo esa melodía gaseosa y cristalina. Los dos gemelos permanecían apartados, sentados muy firmes, con la vista perdida en el vacío. El chico araña, encogido, lo contemplaba todo con los ojos muy abiertos; las manos le temblaban.

Adra miró de reojo hacia los hombres de Ciara, controlando sus movimientos. Nadie parecía prestarles mucha atención. Se acercó más a la telépata con un movimiento rápido, un deslizar de trasero y manos.

—Puedes entrar en la mente de las personas, ¿verdad? —le preguntó—. Puedes leerlas.

—Puedo engarzar piedras en el aire. Y conjugar los verbos silenciosos. Puedo hacer muchas cosas. Esa que mencionas también, sí.

—¿Quiénes son estos hombres? ¿Por qué están experimentando con vosotros? —Gale la miró y frunció el ceño: no estaba seguro de querer saberlo.

—Montones de peces —canturreó entonces la mujer desnuda. Gale sacudió la cabeza: ¿de qué estaba hablando?—. Eso es lo que quieren. Peces. Eso es lo que quieren que seamos. Peces bailarines, peces coquetos, peces que muerden. Quieren que nos salgan dientes. Para luego quitárnoslos.

—Dice tonterías —dijo Gale—. Déjala en paz.

Adra se acercó más. Intentó cogerla de la muñeca, pero solo consiguió espantarla.

—Necesito averiguar qué está sucediendo. ¿Quién es esta gente? ¿Por qué os tenían encerrados?

—Porque brillamos y quieren robarnos nuestro brillo. Por eso.

Adra suspiró.

—No vas a sacarle nada interesante —apuntó Gale—. Puede que esté conmocionada.

—Es capaz de leer mentes —dijo Adra—. Tiene que haber averiguado algo en el tiempo que lleva allí abajo.

—Usan protecciones de todo tipo —dijo Gale—. Dudo mucho que llegase a averiguar algo importante.

—No me lo creo. En algún momento debieron de descuidarse. Y ahora mismo no

hay ninguna protección que evite que lea mentes, nada que...

—Son el Baluarte —interrumpió la mujer anémona—. Ba-lu-arte. *Ba* de batalla, *lu* de lucidez, *arte* de Artemisa. Se creen héroes. Eso se creen. Nosotros somos accesorios. Medios. Somos peces. Sí. Eso somos: peces. Y nos alimentaban con peces. Al menos a mí me los daban. Había unos así, chiquititos. —Enroscó y desenroscó las puntas de los tentáculos que tenía por brazos en un movimiento sinuoso, hipnótico—. De colores. Rojos, verdes y azules. Los rojos sabían a lluvia; los verdes, a besos; los azules, a muerte.

—Qué pesadita con los peces —se quejó Adra—. ¿Por qué se creen héroes?

—Porque son estúpidos. Creen que pueden detener lo imposible. Se creen campeones de la humanidad, sus últimos defensores, cuando no son nada. Buscan la piedra filosofal y al final la piedra caerá sobre ellos y los aplastará —dijo la mujer—. Serán zumo de huesos. Comida para peces. —Miró a Adra fijamente—. ¿Tú tienes peces?

Adra respiró hondo.

—No, no tengo peces.

—Déjame en paz entonces. Quiero enhebrar aire.

La mujer anémona se pegó a la pared, sin dejar de canturrear. Hipaba de vez en cuando.

—Me temo que la has perdido —dijo Gale.

—¿Qué quería decir con eso? —preguntó Adra.

—Allí abajo no había campeones, ni héroes ni nada que se le pareciera —dijo Gale—. Solo un montón de hijos de puta. —El chico araña miró a Adra e hizo un gesto afirmativo, lento y cuidadoso, como si tuviera miedo de participar.

Adra miró alrededor.

—*Baluarte* —murmuró en voz baja. Daba la impresión de que pretendía comprobar la consistencia de la palabra.

Varios soldados aparecieron por la trampilla, cargados de cajas. Gale contempló como las dejaban junto a las escaleras que conducían a la primera planta. Volvieron a bajar y al poco regresaron con más.

—Parece que están de mudanza —murmuró.

—Imagino que se están llevando todas las cosas de valor que puedan —susurró Adra.

—No parecen nada contentos con todo este desastre. —Gale soltó una risita por lo bajo—. Mira qué cara de amargura lleva ese. —Señaló hacia uno de los hombres, que jadeaba bajo el peso de un buen montón de carpetas apiladas.

—Supongo que los cruzados les han fastidiado la fiesta.

Gale le sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

—¿Qué hacías tú ahí abajo? —le preguntó.

—Buscar a mi perro —contestó ella—. Y cazar cruzados. Me caen mal.

Gale señaló hacia sus captores.

—¿Y crees que el enemigo de tu enemigo podría ser tu aliado?

—No. El enemigo de mi enemigo sigue siendo un cabrón.

.....

Nació un zumbido de la nada y creció poco a poco. Todos miraron más allá de las escaleras: el cargo llegaba tras una larga espera y el alivio entre las fuerzas allí reunidas fue evidente. Gale escuchó como el sonido, un rugido pétreo, se detenía muy cerca del edificio donde aguardaban. Se preguntó qué tipo de artefacto los esperaba fuera.

Se removió, inquieto; tenía los nervios maltrechos y todo le picaba, como si bailaran insectos revoltosos bajo su piel. La pierna se le había dormido. Cambió de postura y apretó los dientes cuando la extremidad comenzó a volver a la vida. Adra le dirigió una mirada que él fue incapaz de interpretar. ¿Lástima quizá? ¿O tal vez curiosidad?

Los hombres de Ciara seguían extrayendo cajas y más cajas del complejo subterráneo: algunas metálicas, selladas de manera hermética; otras, de cartón viejo, mal cerradas, con cables y papeles que asomaban bajo las tapas. Dos de ellas eran transparentes, llenas de instrumentos de laboratorio y aseguradas con varios nudos de cinta plástica. Todo lo que sacaban se amontonaba junto a la escalera; colocaron sobre las cajas herramientas extrañas y artefactos cubiertos de runas activas que reflejaban la escasa luz del sótano.

Oyó pasos procedentes de arriba y vio a otro grupo nutrido de hombres y mujeres que bajaban los peldaños: la gente del cargo. Llevaban el mismo uniforme que sus compañeros, aunque ninguno tenía casco. Klaus no estaba entre ellos. El que parecía liderarlos, un hombre delgado, de pelo enmarañado y barbilla cuadrada, buscó a Ciara con la mirada y se acercó a ella, veloz. Le habló, apremiante. Gale no podía escuchar lo que decía. La telépata había dejado de canturrear y observaba atenta a los recién llegados.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Gale.

—La gente del cargo tiene miedo —dijo la mujer anémoma, en un murmullo de aire—. Aquí todos tienen miedo. Unos tienen miedo al Chacal, otros tienen miedo a los cruzados. Casi todos tienen miedo los unos de los otros. Sobre todo Ciara. —Soltó otro murmullo, tal vez una risa—. Ciara está aterrorizada. ¡La capitana está aterrorizada! Tiene tanto miedo que se podrían llenar varios mundos con él. Y dos armarios. —Emitió una risa infantil, divertida.

Se oyeron más pasos en la escalera y Gale se giró, temeroso de que Klaus apareciera por fin. Eran ocho hombres, también sin casco, que llevaban a la espalda mochilas de aspecto pesado; respiró aliviado al ver que seguía sin haber rastro del doctor Carter. Dos de ellos empujaban una carretilla cargada con una caja plateada enorme, de casi metro y medio de altura, recubierta de runas activas. La introdujeron

en el búnker con esfuerzo. Gale miró hacia Adra. La joven no parecía prestar atención a los recién llegados; respiraba despacio, sentada con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. El chico araña comenzó a sollozar. La mujer anémona canturreaba. Los gemelos se limitaban a permanecer inmóviles, mirando al vacío. ¿Por qué le resultaban tan familiares? ¿Dónde los había visto antes?

Poco después, nuevos engendros salieron de la trampa que llevaba al búnker, escoltados por hombres armados pertenecientes a los dos grupos. Algunos iban cargados de cadenas y sus grilletes estaban también cubiertos de runas; otros salían en camilla, tal vez heridos, tal vez porque sus mutaciones no les permitían desplazarse por sí mismos. Uno, un ser sin brazos ni piernas, llevaba una escafandra; otro estaba clavado a una plancha de metal con cientos de puntas cableadas. No parecía sentir dolor, muy al contrario: gemía de placer cada vez que el movimiento hacía que los clavos se removieran en su carne.

—Distintas maneras de contener a distintos contaminados —dijo Adra, que había regresado de nuevo al mundo de los vivos—. Jamás había visto a tantos juntos.

Gale se incorporó con lentitud y una mueca de dolor, y agitó la otra pierna, a la que le había llegado el turno de dormirse. Señaló hacia sus captores. El sótano estaba atestado y probablemente había más fuera.

—Ellos también tienen a sus contaminados. Esa Plata, el del ojo que vuela, el que habla solo... Obedecen, trabajan para ellos.

Aparecieron más prisioneros. El siguiente en salir era impresionante: una criatura enorme, de casi tres metros de altura y un color azul turbio; tenía la mirada ida, la carne cubierta de llagas secas y garras de hueso en vez de dedos. Lo guiaban hacia las escaleras junto al resto cuando uno de los soldados se les adelantó.

—No, no, no —dijo. Era rubio, con un rostro angelical—. Este pájaro no va al cargo, este pájaro se queda con nosotros. ¿A que sí, gran idiota? ¿A que no quieres marcharte con esos brutos?

El gigante respiraba con dificultad, bronco, como si tuviera un volcán metido en el pecho.

—¿Mi papá está aquí? —preguntó. Su voz era una voz extraña: rotunda y al mismo tiempo aniñada—. Me dijeron que estaría aquí. Quiero ver a mi papá.

—Tu papá vendrá enseguida —le dijo el soldado rubio mientras lo guiaba a la esquina de Gale, Adra y el resto de contaminados—. Ha desenterrado a tu madre para follársela y darte un hermanito. Pero es tan tonto que se equivoca siempre de agujero.

—¿Qué es *follársela*?

Pese a su tamaño, los hombres de Ciara no parecían muy preocupados por él. «Es un pobre idiota —pensó Gale—. Un pobre idiota gigante y azul. Vaya circo que estamos montando». El gigante se sentó cerca de los gemelos, con un caos de crujidos y rodillas que se doblaban. Tenía algo pegajoso en la mano: un pedazo de carne que se llevó a la boca y comenzó a lamer. El chico araña se apartó del monstruo, angustiado.

—¿Qué te pasa, bicho? ¿Te asusta el grandote? —le preguntó el soldado rubio—. ¿Pero tú te has visto? Joder, das ganas de vomitar.

Se marchó a grandes pasos. Los sollozos del chico araña se convirtieron en llanto. Gale se le arrimó e intentó consolarlo.

—Todo va a salir bien —le dijo. El chico se sobresaltó cuando se dirigió a él. Lo miró con ojos enormes y claros.

Adra apoyó sus palabras.

—Tiene razón. Todo va a salir bien, confía en mí. Saldremos de esta.

El chico araña pareció calmarse un poco; se restregó la cara y dejó una mancha de lágrima y polvo en las mejillas.

—Y no hagas caso de ese idiota —apuntó Gale—. Eres hermoso. Lo que pasa es que hay gente que no sabe mirar.

—¿Y yo? —preguntó la mujer anémona con un gorgoteo de campanillas—. ¿También soy hermosa?

Adra sonrió.

—Mucho. No he visto a nadie como tú.

—¿Eres mi padre? —preguntó el gigante entonces, mirándola con ojos desorbitados y una larga ristra de baba colgándole.

—No —contestó ella—. Pero no me importaría serlo. —Adra respiró hondo y miró a los contaminados reunidos allí—. Todo va a salir bien —insistió. Y algo en su voz parecía asegurar que así sería, sin duda.

El chico araña la contempló, fascinado. Volvió a restregarse las lágrimas con una mano humana; con una de sus patas arácnidas palmeó la espalda de Adra, como si le diera la razón. Gale resistió la tentación de tocar una de aquellas extremidades: las vellosidades negras que las recubrían parecían suaves y cálidas. Quiso abrazarlo, refugiarse en su cuerpo artrópodo. Como siempre, Gale se sintió consolado y asqueado a la vez por su necesidad de afecto. Echó de menos a Winston.

La caja inmensa reapareció de las profundidades, empujada por los mismos dos hombres. Todos callaron al verla. El olor a quemado era repugnante. Adra murmuró «el Chacal» y Gale la miró, espantado: ¿aquella caja contenía los restos de la cabeza que había quemado Adra? Otro soldado llevaba una gran urna de cristal repleta de agua sucia. Dentro flotaba algo que bien podía ser un pez muerto.

—¡Por el amor del cielo, no saquéis ese ojo sin protección! —exclamó Plata al verlo—. ¡El Chacal lo detectará!

Ciara se acercó a ella, seguida del hombre delgado que había llegado en el cargo. Los tres discutieron en voz baja. Plata gesticulaba, cada vez más disgustada. Señalaba hacia el recipiente y Ciara asentía. El otro negaba una y otra vez.

Gale y Adra miraron a la mujer anémona al mismo tiempo, interrogantes.

—Están discutiendo sobre si transportar o no el ojo y la cabeza en el mismo cargo —dijo la telépata, que parecía haberle cogido el gusto a hurgar en mentes ajenas—. Ciara dice que no. Insiste en ello. El cargo no es un entorno controlado. Pueden

sucedan accidentes. Es mala idea que el ojo y la cabeza estén tan cerca, dadas las circunstancias. Y sí, todo eso es cierto. Lo es. Pero Ciara miente, ay, Ciara, mentirosilla. En el Baluarte hay distintas facciones con distintos puntos de vista y distintas intenciones. Ciara pertenece a una, Klaus lidera otra y los que han venido en el cargo son fieles a Klaus. Ciara quiere el ojo para que los suyos jueguen con él, oh, sí. ¿Y quién me va a dar a mí mis peces?

Gale se envaró y a punto estuvo de preguntar si Klaus estaba cerca, pero al abrir la boca no salió sonido alguno.

—¿Puedes ir más profundo? —preguntó Adra—. ¿Puedes averiguar más?

—Solo navego en la superficie —contestó la telépata con su voz cantarina—. No puedo ir más allá, no puedo. Siguen hablando. Siguen. Sus bocas se mueven. No oigo lo que dicen las bocas, pero escucho el eco de las palabras de los otros en sus mentes. —Los zarcillos se removieron—. El hombre de Klaus quiere la cabeza completa, Ciara quiere llevarse el ojo. Plata está asustada, ¡pobre Plata! El recipiente está desprotegido, insiste. Que lo proteja con runas nuevas, dice Ciara. Plata se queja, los contaminados de abajo ya llevan demasiado tiempo muertos, su sangre no vale. —Comenzó a canturrear de nuevo y Gale pensó que la habían perdido otra vez. Pero se interrumpió y dijo—: Necesita sangre fresca.

De repente sus tentáculos dejaron de agitarse. La canción cesó. Todo su cuerpo se detuvo, rígido. Solo acertó a decir una palabra más:

—No.

Y lo que dijo Ciara esta vez pudieron oírlo todos.

—Sacad a la telépata y matadla. Estoy harta de que hurgue en mi cabeza, me hace cosquillas. Tendrás sangre de sobra con ella, Plata.

La mujer anémona salió de la inmovilidad, espantada. Retrocedió, negó con fuerza, sus tentáculos danzaron encabritados.

—Todo va a salir bien, todo va a salir bien —decía mirando a Adra. La joven permanecía inmóvil, impasible—. ¡Todo va a salir bien!

Plata agarró a Ciara por el brazo y esta se soltó, irritada.

—Ciara, no... No podemos desperdiciar a los sujetos.

—¿Querías sangre, Plata? Ahí la tienes.

Dos hombres armados entraron en el círculo de prisioneros. La telépata gimió e intentó levantarse, pero tropezó y cayó. Gorgoteó de manera patética. El gigante azul soltó algo que era mezcla de eructo y carcajada. El chico araña volvió a sollozar y replegó sus múltiples patas; los gemelos seguían inmóviles, indiferentes al mundo. Gale no sabía cómo reaccionar. Miró a Adra. La joven parecía ajena a los acontecimientos; no se inmutó cuando los dos hombres pasaron junto a ella. La telépata emitió un sonido lastimero, un gemido largo, e intentó huir, pero un soldado la atrapó de uno de los ramilletes de tentáculos que tenía por brazos y tiró hacia atrás. La mujer aulló. Un seudópodo se rompió, salpicando el aire de gotas translúcidas que, en la locura del momento, Gale tomó por lágrimas.

«Está llena de llanto», pensó. Pero el líquido cristalino dio paso a un goteo denso, de color bermellón oscuro.

—Traedla aquí —ordenó Plata. Había sacado de su mochila un paño blanco que procedió a extender en el suelo. También sacó una gran cuchilla, un pincel y un pequeño frasco de cerámica que colocó sobre el paño.

Arrastraron a la anémona, que pataleaba inútilmente. Ignoraron sus chillidos de cristal quebrado y la tendieron en el suelo. Plata empuñó el filo y de un tajo experto le cortó la garganta.

En cuclillas, con la telépata todavía viva, espasmódica, Plata comenzó a trabajar. Acercó el frasco al surtidor de sangre, lo llenó y después vertió el contenido dentro del recipiente de cristal. Con las primeras gotas rubí el líquido oscuro se volvió limpio y todos pudieron ver el ojo que bailaba en su interior. El iris del Chacal era del color exacto de la sangre de la mujer anémona. Plata se mojó las manos con el resto del contenido del frasco y pronto el cristal se oscureció de nuevo, cubierto de las runas rápidas que dibujaba con los dedos sobre el recipiente. En el silencio concentrado de la estancia solo se escuchaba el gorgoteo de la mujer que moría y los llantos apagados del chico araña.

Satisfecha con su trabajo, Plata se dirigió a Ciara y le hizo un gesto de aprobación. Esta asintió.

—¡Atención! ¡Vamos a ponernos en marcha! —dijo—. Mi grupo, conmigo. Laertes y los suyos transportarán en el cargo todo lo que hemos sacado de este antro y los contaminados peligrosos. Los demás caminaremos hasta la base de apoyo con el resto. ¡Vamos, vamos! ¡Ya hemos pasado demasiado tiempo aquí!

Los hombres que los vigilaban indicaron al grupo de prisioneros que se levantaran. A Gale le costó hacerlo, no podía apartar la mirada del cadáver de la telépata. Ya había dejado de moverse. Por enésima vez, recordó a otros prisioneros de su tiempo ahí abajo, a los que gritaban en habitaciones contiguas durante algunas de las pruebas, a los que chillaban cuando los sacaban de las celdas, para llevarlos a quién sabía qué horror, nuevo o recurrente. Por enésima vez, se preguntó si no podría haber salvado a Margo. De no ser por Gino, el guarda que los vigilaba por aquel entonces, ni siquiera se habría enterado de que había muerto. Por enésima vez, se preguntó si no podría haber hecho algo. Aquí, también. ¿Podría haber salvado a la mujer anémona? No, claro que no. Era Gale. Solo Gale.

—¡En marcha! —ordenó uno de los soldados de Ciara.

Conforme ascendían las escaleras que los conducían al exterior, escuchó a los hombres que los escoltaban; estaban impacientes por dejar el búnker atrás. Miró a Adra y ella evitó su mirada. Pensó en el dibujo de Margo y cerró los ojos, en un intento de evocarla, de recordar los buenos tiempos y sentirse un poco más seguro. Miró hacia adelante, hacia un nuevo mundo que ya había olvidado.

Después de años de cautiverio, salió del edificio. Era una noche roja y las estrellas picaban el cielo. Divisó en la lejanía la mole del leviatán. Recordó que en el

pueblo muchos se arrodillaban para rezarle.

«Si rezas al dios en las alturas, todo irá bien», decían.

Mentira.

Una bandada de criaturas con alas de fuego ocupó unos instantes la atención de todos: volaron sobre sus cabezas en sucesión rápida e incendiaria, vistos y no vistos. El aire olía a podredumbre, a carroña, pero era mejor que el olor del búnker: era algo nuevo.

Adra caminaba a su lado. Le puso una mano en el hombro, con tal indecisión y ligereza que ella ni se dio cuenta. Aquel contacto mínimo lo reconfortó, pese a todo.

El cargo estaba a unos metros del edificio en ruinas. Era algo inesperado: un peñasco irregular, de superficie lisa, reluciente como obsidiana. Aguardaba suspendido en el aire, con motores a cada lado, unos ingenios de metal retorcido que emitían un zumbido discontinuo. En la proa de la roca destacaba un timón enorme de metal bronceo, con un hombre igualmente dorado al frente; en la popa había un ramillete de árboles de copas frondosas. Gale había oído hablar de las islas flotantes, pero era la primera vez que veía una. Intentó recordar lo poco que sabía de aquellas criaturas de piedra viva. Eran grandes porciones de terreno que habían cobrado vida durante la llegada de los leviatanes, influidos por la magia brutal de estos. La mayoría flotaban a la deriva por los cielos, libres y salvajes, pero algunos habían sido domados por el hombre. Hasta se comentaba que en ocasiones eran las mismas islas quienes elegían a sus pilotos. Se fijó en el hombre dorado del timón. Sus ojos estaban vacíos, inertes. No había vida en ellos. Gale se preguntó si podía tratarse de un pastor de islas o si solo era un contaminado más.

Este islote-nave era de tamaño reducido: tenía unos siete metros de eslora y dos de manga, probablemente formaba parte de una isla mayor. Tenía parapetos a ambos lados, cargados de cañones y lanzaensalmos carcomidos de óxido y de líquenes terrosos. Desde la cubierta caían varias escaleras de mano, una de ellas inmensa, repleta de sujeciones. Por ella subieron a los especímenes que habían asegurado, al igual que subieron las cajas y bártulos que habían sacado del búnker. Pero el cargo no era el destino del grupo de Gale.

Los guiaron unos metros más allá. Allí había un par de carros tirados por caballos, custodiados por un pequeño grupo armado. Ciara los hizo detenerse. Se había salido con la suya y llevaba la urna con el ojo del Chacal. Hizo un gesto a uno de sus hombres, que lo acomodó en uno de los carros. El resto del contingente siguió ayudando en el transporte de material y contaminados a la isla flotante. Una vez terminaron, el grupo que había llegado con el cargo subió también a bordo. Varios se colocaron en los parapetos de artillería y los demás se desplegaron por la cubierta. El musculado reluciente a cargo del timón realizó entonces una maniobra compleja y el islote comenzó a moverse y ascender despacio. Poco a poco fue ganando velocidad.

Quedó un grupo armado de cerca de treinta hombres, liderados por Ciara, a cargo del ojo del Chacal y los prisioneros restantes. El gigante azul resoplaba, un poco

alejado del resto, mientras lamía con fruición el tasajo de carne que tenía entre manos. Gale procuró no pensar en él y desvió la vista. Descubrió que Ciara lo miraba con un brillo peculiar, como si supiera algo que desconocía. La mujer le dedicó una mueca feroz que tal vez, en algún lugar, pudiera interpretarse como una sonrisa: solo entonces se dio cuenta Gale de que tenía un par extra de colmillos.

—¡En marcha! —ordenó Ciara.

Uno de sus captores le dio un empujón suave, con un suspiro cansado. «Tienen tan pocas ganas de estar aquí como nosotros», pensó él, y eso le dio un atisbo de esperanza.

Luego se acordó de la mujer anémona y echó a andar, obediente, torpe y tembloroso.

CUATRO

Una luna roja abría la noche y la convertía en un mar de sombras encarnadas.

Gale avanzaba. Las cabezas de los caballos que tiraban del carromato de Ciara eran dos manchas espectrales en la semioscuridad. Eran blancos, grandes y estaban bien alimentados. «Cuidan mejor a sus animales que a sus prisioneros», pensó Gale con amargura.

Los cautivos del búnker avanzaban en el centro de la formación, rodeados de guardianes que cargaban sus fusiles al hombro con aire marcial. Primero caminaba el gigante azul: lo hacía con zancadas torpes y los ojos muy abiertos, como si todo a su alrededor lo asombrase; los demás andaban detrás, intentando mantener el máximo espacio posible entre el gigante y ellos. Había algo en los movimientos del monstruo azul, perezosos pero potentes, que resultaba estremecedor.

Cerraba la comitiva el segundo carromato. Tiraban de él dos caballos negros, más revoltosos y enjutos que sus hermanos. Resoplaban y enseñaban los dientes mientras arrastraban su carga, llena de material extraído del búnker. Allí dentro se apilaba todo lo que no había acabado a bordo del islote, con la excepción de la urna que contenía el ojo del Chacal, que viajaba delante, en el carro de Ciara. «No quiere quitarle el ojo de encima al ojo», pensó Gale. También pensó que su cerebro tenía ocurrencias muy poco graciosas.

Adra andaba a su lado, en silencio, muy atenta al camino y a todo lo que los rodeaba. Los ojos de Gale tardaron en acostumbrarse a las siluetas rojizas que conformaban el mundo. Se adaptó como pudo al ritmo de marcha, pero con la escasa visibilidad del sendero costaba no tropezar.

—No llevan ningún tipo de luz para iluminar el camino —comentó.

—Sus cascos deben de contar con visión nocturna —dijo Adra—. No pueden arriesgarse a llevar luz con ellos. Atraería depredadores. —Miró hacia arriba—. Nosotros tendremos que conformarnos con la luna.

Pero Gale sabía que Adra gozaba de una visión nocturna extraordinaria: sorteaba los obstáculos con facilidad y no hacía otra cosa que escrutar las tinieblas que los rodeaban, alerta. Se sorbió los mocos y tiritó: el frío del exterior contrastaba con el calor sofocante del búnker. Y hasta aquel era un cambio agradable. Miró de reojo a Adra. Le sorprendía la serenidad con la que se estaba tomando aquel paseo entre las sombras. Le habría gustado estar tan calmado como ella, ¡pero el universo estaba ahí fuera! Se sentía, a la par, exultante y muerto de miedo. Para bien o para mal, había

escapado al fin de su prisión, tras años de encierro. Alzó la mirada. A lo lejos, sobre las sombras del mundo, se recortaba la mole negra del leviatán. Podrían caminar durante días y seguirían viéndolo allí, impasible.

—No, no voy a rezarte, hijo de puta —masculló.

Ciara había desplegado cuatro patrullas de exploradores: dos a los flancos, otra en vanguardia y la última en retaguardia. Gale intentó afinar la vista entre las tinieblas, pero solo consiguió que le dolieran los ojos. Le pareció ver el gesto rápido de la cabeza de Ciara, en un movimiento continuo de vigilancia, tal vez paranoia. Sentado junto a ella, con las piernas colgando del carro, estaba el tercer contaminado del grupo, del que todavía no sabían el nombre. Sus cuencas vacías parecían fijadas en los prisioneros, como si los espicara tras las sombras de su calavera. Ambos ojos se habían desgajado de su cabeza al poco de iniciar la marcha. Uno de ellos había pasado volando muy cerca de Gale, mientras se encaminaba hacia donde quiera que hubiera ordenado su dueño. Era repugnante, como un insecto regordete de color apagado. ¿Aquellos ojos autónomos eran una mutación casual del contaminado o tendrían algo que ver con los ojos terribles del Chacal? Adra apenas le había contado nada de su enfrentamiento con aquella bestia. Gale se moría de curiosidad. ¿Cómo era? ¿Por qué todos lo temían?

Poco después de que los ojos del contaminado se perdieran de vista, una explosión potente sacudió el mundo. Y Gale no encontró alivio alguno en saber que el lugar en que había estado encerrado durante tanto tiempo había dejado de existir. En lo único que pudo pensar fue en el dibujo de Margo, perdido para siempre.

La comitiva se abrió, se partió por el centro como un mar bíblico, para evitar un nuevo obstáculo en el camino. Gale lo esquivó cuando llegó a su altura: un esqueleto indescifrable cortaba el sendero, duro y tenebroso. Destacaba, sórdido, entre árboles mustios, montículos secos y aullidos lejanos de quién sabía qué criaturas. «¿Es este el mundo al que quiero regresar?», pensó Gale. En un impulso, agarró la mano de Adra. Esta la apartó, sobresaltada.

Algo rugió en la distancia y el corazón de Gale se aceleró. El chico araña gimió. Ciara hizo un gesto para que se detuvieran, se puso en pie sobre el carro y escrutó entre las sombras. La pausa fue mínima: pronto reanudaron la marcha.

Comenzaba a notar el cansancio: no estaba habituado a esfuerzos semejantes. En su rutina de prisionero solo cabían los paseos de media hora escasa por la galería, donde lo sacaban de tarde en tarde, siempre solo. «Es para que no se te atrofién los músculos», decía Klaus, con esa sonrisa dulce que Gale había aprendido a odiar. Los pies le dolían; el calzado que llevaba no estaba concebido para caminar campo a través. Cada pocos pasos sentía que algo se le clavaba. Era como si la propia tierra mordiese.

Las tinieblas parecían bañadas en sangre. El viento murmuraba entre las ramas secas y sus palabras no eran amables. Hablaba de lo que anida en las sombras, de lo afilado de los dientes que quieren devorarte, de las pesadillas que cobran forma en la

oscuridad mientras duermes. Se oyó otro aullido. Algo gritó en la distancia. Gale se estremeció.

Agarró la mano del chico araña, que seguía gimiendo por lo bajo. La mano era suave, nada que ver con el tacto encallecido de Adra. El chico le dedicó una mirada agradecida y algo de color volvió a su rostro; sus ocho patas se reorganizaron para adaptarse al ritmo de las dos, solo dos, piernas de Gale. El trayecto continuó y no pudo evitar quejarse. Le dolían los tobillos y las rodillas, sentía que tenía los pies en carne viva y además le estaban dando ganas de orinar.

La comitiva se detuvo, sin razón aparente. Gale miró alrededor, nervioso.

—Ciara ha ordenado que nos detengamos —dijo Adra. Ella no parecía ceder al cansancio y seguía moviéndose con soltura. Gale envidió su forma física.

El gigante resollaba más adelante, sin dejar de mordisquear el pedazo de carne seca que tenía entre manos. Lo hacía despacio, como si pretendiera que durara para siempre. Esperaron en silencio, pendientes de cada ruido, de cada sospecha entre la vegetación marchita. Poco después, emergió uno de los exploradores del grupo de vanguardia.

—No podemos seguir por este camino —anunció—. Hay una manada de errantes cortando el paso a unos dos kilómetros de aquí.

—¿Cuántos son? —preguntó Ciara.

—Difícil saberlo. Varios centenares, eso seguro.

—Mierda —musitó su jefa. Quedó callada unos segundos.

—¿Errantes cerca de Testamento? —murmuró Adra—. Eso no puede ser bueno.

—¿Qué son errantes? —preguntó Gale.

—No quieres saberlo.

—Si no quisiera saberlo, no habría preguntado.

—¡Callaos! —ordenó uno de los hombres de Ciara. Apuntó con su arma y Gale suspiró: era cansado estar siempre al otro lado de una muerte caprichosa.

Aguardaron unos minutos, el tiempo que tardaron en reunirse con ellos las patrullas de exploración restantes. Ciara habló con sus lugartenientes junto al carro de los caballos blancos. El debate fue largo, con alguna voz más alta que otra. Finalmente, parecieron llegar a una decisión:

—Nos desviaremos hasta las ruinas de la base aérea; no estamos lejos —anunció Ciara—. Pasaremos allí el resto de la noche y esperaremos a que los errantes se marchen. Enfrentarse a una manada tan grande sería un suicidio.

Algunos de sus hombres no parecían felices con la decisión, pero obedecieron sin rechistar. Plata sonrió, satisfecha: era evidente que la idea era suya.

—Se alegra de que le hagan caso —dijo Gale—. Si el Chacal es tan peligroso, no sé por qué tiene que insistir tanto para conseguir que tomen medidas básicas de seguridad. ¿Os acordáis de cómo gritaba en el sótano?

—Está asustada —dijo Adra—. Aquí todos están muertos de miedo. No hace falta que nos lo diga una anémona parlante para saberlo.

—¿Tú no tienes miedo? —le preguntó el chico araña, tímido.

—El miedo no sirve para nada —le contestó ella—. Así que dejo que pase de largo. Deberías aplicarte el cuento.

—No le hagas caso —le dijo Gale—. Está loca.

—Tiene razón —dijo el muchacho. Bajó la vista hasta el caos de patas sobre las que avanzaba—. Siempre he tenido miedo. Miedo a que me vean. Miedo a que me hagan daño. Miedo a la oscuridad. No puedo dejarlo pasar. No sé cómo hacerlo. —Gimió de nuevo—. Y no voy a tener tiempo para aprender. Es demasiado tarde.

Gale lo miró desalentado.

—No digas eso. —Se dirigió a Adra—. Nunca es demasiado tarde para aprender, ¿verdad?

—Claro que no —dijo ella, aunque no sonó muy convincente.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Gale al chico araña. Tal vez era momento de cambiar de tema.

—Angilberct. —El chico parpadeó; sus pestañas eran largas y oscuras. Añadió, apresurado—: Mis amigos me llaman Angie.

—¿Tienes amigos? —preguntó Gale, sorprendido.

El chico pareció algo dolido por la insinuación.

—Claro que tengo amigos.

Adra les chistó: el grupo se ponía en marcha de nuevo. Uno de los soldados de Ciara empujó a Adra para que avivara el paso. A pesar de llevar casco, Gale lo reconoció: era el rubio que se había burlado del gigante.

—Vamos, culito. No tenemos toda la noche.

Gale notó como la joven se tensaba. ¿Hacía un esfuerzo por no reaccionar, por no abrirle la cabeza a aquel tipo con su propia arma? Rio para sus adentros. El pensamiento era aterrador, pero también divertido.

La parada solo había servido para que a Gale se le enfriaran los músculos y ahora le molestaban más, si cabía. Deseó que no estuvieran muy lejos. Deseó que se hiciera la luz, aunque fuera de ese sol apagado, grisáceo, que recordaba de sus días prebúnker. Una vez, Margo le había enseñado un libro con imágenes, un libro donde el cielo era de un azul que aturdió. ¿Era real, ese azul, o una libertad imaginativa de su autor?

—¿Falta mucho para amanecer? —le preguntó a Adra—. Me gustaría ver el sol.

—Dos o tres horas —susurró ella.

Las ruinas no tardaron en aparecer. Sobrevivían en un paraje desolado, sobre tierra cubierta de cicatrices viejas y zonas quemadas. Los muros habían resistido, se mantenían en pie, ennegrecidos. Gale estiró el cuello para examinar mejor el lugar. Vio grandes maquinarias destrozadas en las pistas, amasijos de hierro fundido.

—Aviones —dijo Angie, casi sin respiración.

Gale volvió a mirar, maravillado. ¿Esos desechos eran los artefactos legendarios con los que la humanidad surcaba los cielos? Angie y él se sonrieron; Adra bufó.

—Es una base aérea. Lo que queda de ella. Desde aquí luchaban contra los monstruos que traspasaron la grieta.

—Pues no lo hicieron nada bien —apuntó Gale.

Los dirigieron hacia lo que quedaba de un pabellón, muy cerca de una de las pistas de despegue. Su llegada espantó a una bandada de escarabajos negros, que echaron a volar en formación simétrica, perfecta y triangular. Chillaban, enfadados; durante unos segundos el ruido los ensordeció.

La puerta del hangar había desaparecido y el interior era una ruina. Encontraron metal oxidado y huesos, restos de humano y máquina, en algún caso fusionados de tal manera que costaba distinguir dónde empezaba uno y acababa la otra. Los hombres armados avanzaron primero, reconocieron el lugar y comprobaron que era seguro. Hicieron entrar al resto. El gigante azul gruñó inquieto al pasar el umbral.

—¿Está mi papá aquí? —preguntó.

—¿Por qué hemos traído a este idiota con nosotros? —quiso saber uno de los soldados—. Se lo tenían que haber llevado también en el cargo.

—No te preocupes por él. Tiene la mente de un niño de cinco años.

—¿Crees que eso no lo hace peligroso? Joder, no has conocido a mi sobrino.

El otro, por toda respuesta, le hizo un gesto obsceno con el dedo.

—Vamos, muchacho. Tu padre no tardará en llegar —le dijo otro soldado al gigante. Este se le quedó mirando, abobado. Asintió despacio y, más despacio todavía, temeroso, entró en el pabellón.

Ocuparon el ala este del hangar, la más cercana a la puerta. Guiaron a los contaminados del búnker hacia una de las columnas laterales que sostenían la estructura y les ordenaron sentarse allí. Gale quedó frente a los dos gemelos. Seguía con esa sensación poderosa de familiaridad, que no terminaba de ubicar. No recordaba haberlos visto en el búnker, aunque también era cierto que era raro que se cruzara con otros prisioneros.

—¿Los conoces? —le preguntó a Angie. El chico araña negó con la cabeza.

—Apenas he visto a nadie en el búnker. Solo a un par con quienes coincidía en algunas pruebas. Había una mujer de dos cabezas. Era hermosa. ¿Sabes de quién te hablo?

—No —dijo Gale.

—¿Y a Marco, el piroquinético? Me hizo una flor de fuego.

—No recuerdo a nadie así. —No quiso seguir haciendo memoria. No solía ver dos veces el mismo rostro en el búnker. Que Gale supiera, él era el espécimen que más tiempo había sobrevivido allí abajo. «Eres mi favorito». Se estremeció—. ¿Cuánto tiempo estuviste allí? —le preguntó a Angie.

—No lo sé, no lo sé... unos tres meses. Tal vez cuatro. Antes de eso vivía en Caléndula, con unos vendedores de planta-sueño. Me trataban bien. Deben de pensar que estoy muerto —añadió, con voz triste.

—Solo tres meses. —Gale bajó la vista. A veces le parecía que llevaba la vida

entera bajo tierra, que no tenía pasado. Allí, en el búnker, tendía a pensar que tampoco tenía futuro.

Un pequeño revuelo hizo que mirasen hacia el gigante. Junto a él, el soldado rubio le tendía otro tasajo, que se apresuraba a retirar cuando el gigante intentaba cogerlo con sus movimientos torpes.

—Vamos, chico, ¿qué te pasa? ¿No tienes hambre? —Y lo apartaba del alcance del gigante con celeridad—. Venga, chico, que no se diga. Puedes hacerlo.

—No debería hacer eso —murmuró Angie.

Y, justo como si escuchara al chico araña, el gigante se echó hacia delante y agarró del brazo al guardia con un movimiento, feroz, preciso, y se lo arrancó de cuajo. Gale se encogió al escuchar el sonido de rasgado. El gigante rugió y de un simple zarpazo destrozó la cabeza del soldado. El cuerpo cayó al suelo y se convulsionó, hecho jirones. El gigante se incorporó de un salto.

—¿¡Dónde está mi padre!?! —bramó, enfurecido.

Los soldados se pusieron en guardia al momento.

—¡No disparéis ni uséis los lanzaensalmos! —gritó Ciara—. ¡Atraeréis a los errantes!

El gigante mostró los dientes, enormes y amarillentos, mientras los hombres de Ciara se desplegaban a su alrededor, enarbolando sus fusiles como si de lanzas se trataran. Adra miró a Gale y al chico araña.

—Ahora —les dijo.

CINCO

Gale se incorporó de un salto, pero el chico araña no lo imitó. Se envolvió en sus propias patas y agachó la cabeza, formando una esfera negra y rosada.

—¡Vamos, Angie! —le apremió Gale, en un susurro. Se le había formado una bola de saliva incómoda y caliente en la garganta, un tapón que no conseguía tragar.

—Tú no eres mi amigo —dijo el otro, con voz apenas audible—. No me llames así.

—Angiloquesea, vámonos, por favor. —Gale se agachó y apretó con ternura una de las patas negras y vellosas del joven en un intento, fallido, de calmarlo—. Te sacaremos de aquí.

El chico araña clavó la vista en el suelo.

—Tiene demasiado miedo —dijo Adra—. No podemos esperar, Gale, tenemos que irnos.

—¿¡Dónde está mi padre!?! —rugió de nuevo el gigante mientras aporreaba con los puños el piso maltrecho del pabellón.

Los soldados lo cercaron con las bayonetas de sus armas, todavía a una distancia prudencial. El cadáver de su compañero estaba tendido en el suelo; lo único reconocible que quedaba en su rostro era un ojo azul, vacío de expresión. El gigante quedó acorralado contra una de las paredes del hangar, junto a los restos de un viejo caza de combate, a solo unos metros de los prisioneros. La máquina estaba destripada y su contenido yacía esparcido alrededor, como un presagio de lo que le esperaba al hombre azul. Alguien había tirado a su lado una nevera vetusta y rojiza, que anunciaba el nombre descolorido de un refresco que ya no existía.

Ciara dio un paso hacia los soldados. A pesar del frío de la noche, tenía un velo de sudor en la frente.

—¡Tranquilízate! —le pidió al gigante, con voz firme—. ¡Nadie quiere hacerte daño! ¡Estamos aquí para llevarte a lugar seguro!

—¡No me iré hasta que venga mi papá! —bramó. Su carne fofa, repleta de escarificaciones y pústulas, se movía de arriba abajo, al ritmo de su respiración acelerada—. ¡Que venga papá! ¡Que venga ya! ¡Traedlo!

—No va a venir. —Ciara dio otro paso adelante, ligero, como si no ocurriese—. No va a venir, porque te está esperando en el lugar a donde vamos. Tiene muchas ganas de verte.

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira!

El gigante se giró a velocidad inesperada y arrancó una pieza alargada del amasijo de hierros que era el viejo avión, tal vez un pedazo de ala, tal vez de la cola. Soltó un rugido animal y amenazó a sus enemigos con su espada improvisada. Los hombres de Ciara retrocedieron.

—¡Estás mintiendo! —insistió el gigante mientras enarbolaba aquel pedazo de chatarra—. ¡Trae a mi papá! ¡Trae a mi papá ahora!

Adra se inclinó hacia Gale.

—¡Es el momento! —le dijo—. ¡Vámonos!

—¡No podemos dejar aquí a Angie! ¡Recuerda tu estúpida promesa! ¡Dijiste que todo iba a salir bien!

Gale sabía que lo lógico era huir, sabía que estaba comportándose como un idiota, pero también sabía que no podía dejar atrás al chico araña; no después de lo que había pasado con la anémona. Miró a los adolescentes pálidos. Estos tampoco parecían tener intención de marchar; ambos miraban al vacío con expresión desinteresada, como si lo que sucediera no fuera con ellos.

Cuando Adra volvió a hablar lo hizo con voz tranquila.

—Yo no he prometido nada —dijo—. Nunca prometo nada. Gale, por favor... —le tendió la mano.

El joven miró al ovillo de terror que era Angie, a las patas y brazos que envolvían su abdomen. ¿Podrían arrastrarlo contra su voluntad? ¿Cuánto podía pesar? ¿Cien kilos? ¿Más? Adra era fuerte, pero no creía que pudiera mover cien kilos de masa arácnida en una huida desesperada. Se volvió hacia el gigante, que aullaba. Daba espadazos de izquierda a derecha, enfurecido. De su boca saltaban espumarajos también azulados.

—¡Papá! —gritaba—. ¡Papá! ¡Estoy aquí, papá! ¡Ven por mí!

Ciara hizo una señal a dos de los suyos y cargaron por un flanco con un ataque medido. Cuando el gigante se giró para responder, dos más atacaron desde el otro costado con sus bayonetas. Uno de los filos se clavó en la pantorrilla de su víctima; otro, sobre su cadera. El chico araña gimió al escuchar el alarido del gigante y se aovilló aún más.

—¡Papá! —gritó el gigante. Intentó cargar hacia el frente, pero perdió pie y cayó de rodillas—. ¡Papá! ¡Papá! ¡Me hacen daño! ¡Papá! ¡Papáaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Los hombres de Ciara se abalanzaron sobre él al momento, saizando y apuñalando con furia. Los rugidos del hombre azul se multiplicaban. Un charco de sangre azul comenzó a crecer a sus pies, lamiendo el suelo.

—¡Gale! —Adra le tendió la mano—. ¡Ven conmigo o me voy sola!

—Haz lo que quieras —susurró este, a duras penas. Los gritos del gigante se le clavaban en el cerebro como dardos. Angie temblaba, más allá del miedo.

Adra hizo una inspiración lenta y retuvo el aire. Se quedó parada en el sitio, la mano todavía extendida hacia Gale. Los hombres de Ciara seguían masacrando al gigante azul. Este aferraba su trozo de ala con la desesperación con la que un niño se

aferra a un juguete que están a punto de arrebatarse. Y, justo cuando parecía que su derrota era inevitable, se alzó de nuevo con otro rugido brutal y embistió hacia delante. Su objetivo era Ciara.

Arrojó el arma con todas sus fuerzas hacia la líder de los hombres que lo estaban matando. El gran trozo de chatarra falló: silbó a su lado y golpeó con brutalidad el carro de los caballos blancos. La carga saltó por los aires y los animales corcovearon, muertos de miedo. La volandera del carro salió escupida, el eje izquierdo se partió con un sonido limpio, rápido, y toda la parte trasera del vehículo quedó destrozada.

Transcurrieron dos segundos de silencio que fueron centurias. Ciara, aturdida, miró el carro y luego al gigante. Este había caído, ahora de forma definitiva. Estaba muerto, pero algunos hombres seguían acuchillándolo, despedazándolo, como si quisieran estar realmente seguros.

Ciara salió de su ensimismamiento.

—¡La urna! —gritó.

Corrió hacia los restos del carro en busca del contenedor. Rebuscó entre los remanentes y dio con lo que buscaba. Se apartó de la ruina que era el carro, con la enorme urna entre las manos. Se la escuchó maldecir, pero no era por el estado del recipiente que contenía el ojo del Chacal. Sobre la madera resquebrajada, yacía el cuerpo inerte de Plata, atravesado por el pedazo de ala.

Azor se acercó a Plata y la agarró por el cuello. La miró estupefacto, con la boca abierta en una mueca ridícula.

—Está muerta —dijo, con voz ronca.

—Pues claro que está muerta —dijo Ciara, casi en grito—. El trozo de avión la ha abierto desde el coño a los pulmones. Joder, esperemos que la urna esté bien. —La alzó para examinarla. El líquido de color sangre se aclaró, se volvió anaranjado.

—Esa no es buena señal —murmuró Azor. Todavía sujetaba el cadáver de Plata—. Dale la vuelta.

Ciara giró la urna y gruñó. El recipiente estaba abollado en un lateral, con varias runas emborronadas.

—Estamos expuestos —anunció Ciara. Luego volvió la vista al carro—. Menudo momento para morirte, Plata.

Quedó inmóvil durante unos segundos, con la urna en las manos. De repente, pareció volver a la vida. Examinó su entorno y miró a los prisioneros.

—¿Y vosotros qué diablos estáis haciendo?

Adra seguía de pie, con aspecto de alguien a punto de despedirse. Ciara la examinó, pensativa.

—¿Ninguno de vosotros será tecnomante, verdad?

Nadie respondió.

—Solo había un tecnomante en esa base, Ciara, y no era sujeto de experimentos —dijo Azor—. Trabajaba para Klaus, los cruzados lo mataron.

Ciara maldijo de nuevo y miró alrededor. Sus hombres estaban desplegados en

torno al cadáver del gigante, como si tuvieran miedo de que fuera a levantarse de nuevo.

—Azor, contacta con tu hermano y explícale la situación —dijo mientras dejaba el recipiente con sumo cuidado en el suelo—. Necesitamos evacuación inmediata o un tecnomante capaz de reparar las runas.

Azor titubeó, parecía reticente a abandonar el cuerpo de Plata. Se levantó con lentitud y asintió, inseguro. Bajó del carro arruinado y se alejó unos pasos, demasiados como para que los prisioneros pudieran escuchar lo que decía. Los soldados volvían a estar en tensión, solo había que ver el modo en que se aferraban a sus armas. Gale se preguntó por enésima vez qué era ese Chacal y por qué le tenían tanto miedo.

Adra se sentó junto a él. Gale la miró y trató de sonreír, pero ella sacudió la cabeza. El chico araña seguía hecho un ovillo y los dos adolescentes continuaban igual: no se habían movido. Sus rostros permanecían inmóviles; sus miradas, ausentes. Gale se preguntó si tendrían algún tipo de tara mental.

Miró a la montaña azul, a lo que quedaba del gigante. Hacía unos instantes había estado vivo y ahora era un montón de despojos. Varias salamandras de fuego se arremolinaban en la pared del hangar, atraídas por el olor a muerte. Una de ellas hipó y de su boca escapó una voluta de humo amarillo. El chico araña levantó la cabeza para observarlas y empezó a descomponer su ovillo de patas y brazos.

El contaminado de los ojos verde musgo se acercó a Ciara.

—Debemos destruir la urna cuanto antes —le dijo a su jefa—. Es nuestra única oportunidad de salir vivos de esta. Plata no exageraba, Ciara. Sabes a lo que nos exponemos.

—No voy a destruir el ojo, Mecha. Es demasiado poderoso. No prescindiré de él.

—No nos servirá de nada si el Chacal nos mata.

Ciara hizo un gesto negativo.

—Ni siquiera sabemos si al destruir el ojo evitaremos que el Chacal lo localice.

—Salgamos de aquí, entonces —le pidió Mecha. Se relamía, nervioso—. Pongamos la mayor distancia posible entre esa cosa y nosotros. No son tiempos para ser valientes, jefa. Son tiempos para ser prudentes.

Los interrumpió Azor a gritos.

—¡Todavía no hay rastro de él! —chilló—. Roza dice que el radar está limpio. De momento estamos a salvo. Klaus está furioso, mejor no comparto contigo los insultos que te ha dedicado, Ciara. —Por su tono de voz parecía estar de acuerdo con buena parte de ellos.

—Eso me da igual. ¿Te han dado alguna directriz que no implique abandonar el ojo o salir huyendo?

—La obvia: reconstruir las runas —dijo Azor—. Han llamado a Galatea. Ella le dirá a mi hermano cómo hay que hacerlo y yo lo llevaré a cabo. Tengo algunas nociones de tecnomancia. Poca cosa, pero quizá funcione.

—¿De verdad crees que podrás?

Azor se encogió de hombros. El moño se le había desatado y una trenza larga serpenteaba sobre su hombro y pecho.

—Creo que puedo intentarlo —dijo—. Sé lo importante que es ese ojo, Ciara. Pero prométeme una cosa: a la menor señal de que el Chacal se acerca saldremos pitando de aquí, ¿de acuerdo?

Ciara tardó unos instantes en contestar:

—De acuerdo —accedió de mala gana.

Gale miró a Adra, inquieto. El rostro de la joven era implacable, una máscara pétrea. No necesitaba telepatía ni de baja ni alta intensidad para saber qué estaba pensando: que tenía que haberlo abandonado, al igual que tenía que haberlo abandonado en el búnker.

Que tenía que haber huido cuando estuvo a tiempo.

SEIS

—No podía irme —susurró Gale—. No podía marcharme sin él.

Adra recogió una ruedecilla diminuta del suelo. Parecía una tuerca de algún tipo, probablemente de los restos del avión. La hizo rodar con la palma de su mano.

—Adra, di algo, por favor.

La joven se frotó la mano contra la ropa para limpiarla de polvo, de la suciedad acumulada del suelo del hangar. Guardó silencio durante unos segundos, como si quisiera estar muy segura antes de hablar. Miró a Gale.

—No lo entiendo —dijo—. No lo conoces. No le debes nada.

El chico araña los espiaba, todavía encorvado, sin terminar de desovillarse. Sus grandes ojos relucían como piedras preciosas.

—Qué importa —dijo Gale—. Tú no me conoces a mí, pero al final te has quedado.

Adra soltó la pieza con cuidado y esta se alejó, titubeante, por el hangar.

—No me ha dado tiempo a escapar —gruñó.

—Claro —dijo Gale, sonriente.

Miró hacia los soldados. La tensión entre ellos continuaba: era casi un crepitar eléctrico, un baile de hormigas en el aire. Azor paseaba más allá del carro arruinado y del cadáver de Plata; de cuando en cuando miraba, preocupado, la gran urna que contenía el ojo del Chacal. Su trenza bailaba con él, parecía impaciente. Por lo que Gale había podido entender, tenía algún tipo de enlace con su hermano, que estaba quién sabía dónde, tal vez con Klaus. Por azar sus miradas se cruzaron y Gale desvió la vista con rapidez. Se fijó ahora en Ciara. Estaba cruzada de brazos y parecía aún más preocupada que el resto.

—No quiero que pase por lo que he pasado yo —dijo Gale de pronto—. No sabes cómo ha sido, Adra. Años sin ver la luz del sol. Años sin respirar aire libre. Años de dolor, de humillación, de no entender nada... ¿La gente no se vuelve loca en esas circunstancias? —Soltó una carcajada—. Yo lo hice. Estuve loco durante un tiempo. Chillaba, me arañaba, me golpeaba contra las paredes... Pero no me permitieron estar loco. Me ataron a una camilla y me curaron. No sé cómo lo hicieron, pero los muy cabrones me curaron. Creo que tenían miedo de que me hiciera algo irreparable. Querían seguir jugando conmigo... —Gale se cubrió el rostro con las manos un instante, luego las bajó poco a poco. Miró a Angie—. Tengo que salvarlo —murmuró—. Tienes razón, no lo conozco de nada y no debería importarme. Pero tengo que

salvarlo. Por mí y por Margo.

Adra se acercó un poco más a él.

—¿Quién es Margo?

Gale dudó. No quería compartir esa parte de su historia.

—Una amiga. Mi mejor amiga. Nos... compraron al mismo tiempo. Ella murió al poco de llegar.

—Lo siento —dijo Adra. De nuevo se hizo el silencio entre ambos.

El revuelo entre los hombres de Ciara los distrajo. Azor se acercó a zancadas largas a la urna.

—Sí, sí, sí... —decía, sin parar de asentir con la cabeza, con tal violencia que parecía que se le desprendería del cuello. Miró a Ciara—. Roza está con Galatea —le informó. Volvió a centrarse en la conversación, acuclillado junto a la urna—. Hay quince runas, tres están estropeadas por el golpe. Roza, voy a describirte las que rodean a esas tres. No pierdas detalle y transmíteselo tal y como te lo digo a Galatea. ¿Preparado? Allá vamos.

Adra se removió junto a Gale. Se llevó la mano al cabello y comenzó a desatarse la coleta alborotada. De debajo de la cinta de cuero, como si de un truco de magia se tratara, extrajo una cuchilla de unos cinco centímetros de longitud. La arrastró por el suelo en dirección a Gale, que la tomó con rapidez y la ocultó en la manga del mono.

—En cuanto pueda, me marcho —le susurró Adra—. Tú decides si quieres venir conmigo. Si te quedas, puede que esa cuchilla sea vuestra única opción.

Durante un instante, Gale no tuvo claro a qué se refería. Luego hizo un gesto afirmativo. Si llegaba el momento, no le temblaría la mano.

Ciara alzó la urna y la llevó hasta el lago de sangre añil que rebosaba bajo los restos del gigante. El cadáver estaba destrozado, un banquete de ensañamiento. Las tripas resbalaban por las laderas de su carne como maromas gruesas y azules.

—No todos somos iguales por dentro —murmuró Ciara—. ¿Servirá esta sangre? —le preguntó a Azor.

—Sí —contestó—. Líquido vital, sangre... no importa el color.

—¿Seguro que sabes cómo hacerlo?

—¿Se te ocurre otra alternativa? —preguntó Azor. Ciara negó con la cabeza, él suspiró y examinó la urna de nuevo. No tardó en volver a hablar con su interlocutor invisible—. Necesito que visualices la runa que ha dibujado Galatea, ¿de acuerdo? Necesito que te la grabes en la memoria. —Se dirigió de nuevo a Ciara—: Todavía no hay rastro en los radares.

En los minutos siguientes, Azor trabajó en silencio sobre la urna. Mojaba el pincel de Plata en la sangre del gigante y, luego, con el entrecejo arrugado y la boca fruncida, pintaba despacio sobre el cristal.

—La tengo —susurró satisfecho cuando hubo terminado. Tenía la frente perlada de sudor—. Segunda runa, Roza. Mismo proceso. Memoriza la que ha dibujado Galatea, grábatela bien, por favor.

Azor de nuevo se aplicó a la tarea, bajo la atenta mirada del resto del grupo y de Ciara. Todos seguían igual de nerviosos, a la espera. Lo único que se escuchaba en el hangar era el goteo lento de la sangre del gigante al caer del destrozo que era su cuerpo.

Gale oyó un siseo de ropa a su izquierda. Los dos adolescentes pálidos se habían movido al unísono. Sus cabezas habían girado cuarenta y cinco grados para mirar al noroeste, ligeramente levantadas. Se incorporaron en un solo movimiento, idéntico y fluido.

—¡Eh! —les llamó la atención el soldado más cercano—. ¿Qué hacéis? ¡Sentaos ahora mismo!

—Viene hacia aquí —dijeron, ambos a la vez.

—¿Qué cojo...? —Los encañonó con su arma—. ¡Ciara!

—Viene hacia aquí —repitieron. Sus voces se modulaban una a la otra; formaban una voz única que surgía de una garganta doble.

—¿Quién viene? —preguntó Ciara. Azor había dejado de pintar para observar, atento.

—Un dios de otro cielo —dijo uno de ellos.

—Un dios de otra tierra —dijo el otro.

—¡Azor! —gritó Ciara—. ¡Pregunta a Roza si hay novedad en el radar!

Apenas tardó unos instantes en recibir respuesta:

—¡Ninguna! ¡Sigue todo despejado! ¿Quiénes son esos críos?

Los dos chicos permanecían sin reaccionar, con la vista perdida tras las paredes. Gale se preguntó también quiénes eran, perdido a su vez en los rostros gemelos. ¿De qué le sonaban? ¿Por qué le resultaban tan familiares?

Ciara corrió hacia la entrada. Se volvió para gritarle a Azor:

—¿Roza está viendo el radar? ¿Lo tiene delante? ¡Contesta!

—No, no lo está viendo. ¿Qué pasa, Ciara?

—¡Agita la urna, Azor!

El hombre la obedeció. El líquido de la urna se volvió de un blanco lechoso y luego se aclaró. En el agua completamente limpia y transparente, el ojo del Chacal los observaba.

—¡Nos han vendido! —chilló Ciara—. Nos han abandonado a nuestra suerte. ¡Nos vamos! ¡Nos vamos! ¡Rápido! ¡Aléjate de la urna, Azor!

Azor soltó la urna y se movió con agilidad. Ciara empuñó el lanzaensalmos que llevaba al hombro, un escopetón tremendo en el que bullían varios sortilegios cargados. De un solo disparo fundió la urna y su contenido. Las runas que lo habían protegido flotaron durante unos instantes en el aire, como culebras ingravidas; en la distancia sonó un trueno que no era tal, sino un rugido de furia amortiguado por una distancia que menguaba.

—¡Corred! —ordenó Ciara.

Huyeron en desbandada, sin orden ni concierto. Adra se incorporó de un salto.

Gale tiró de Angie, que miraba frenético a su alrededor.
Los dos adolescentes pálidos sonrieron al mismo tiempo.
—Ya viene.

SIETE

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Fuera de aquí! —Ciara gritaba y corría. Se volvió solo para dar órdenes a sus hombres—. ¡Formación en abanico! ¡Corred! ¡Corred! ¡Nos replegamos hacia el punto de encuentro Alfa Dos, si alguien queda atrás lo veremos allí!

—¿Y los especímenes? —chilló Azor. Tenía en la mano un pedazo de cristal que había sobrevivido de la urna y lo miraba con expresión confusa.

—¡Que se jodan los especímenes! —Ciara se perdió en la lejanía. Sus hombres, alborotados, avanzaban a la carrera tras ella. Uno de ellos cojeaba, maltrecho por el encuentro con el gigante azul. Su pie sangraba, pero sus ojos estaban fijos en la salida.

Entre el bullicio, Gale agarró al chico araña.

—¡Angie, levanta! ¡Levántate! —gritó. Los ojos del chico volvían a mostrar duda y Gale temió que se sumiera otra vez en esa parálisis que había frustrado el intento de fuga anterior. Pero el aullido colosal que llenó los cielos bastó para que Angie se incorporara, hecho un barullo de patas y pánico.

Gale buscó a Adra con la vista, pero no los había esperado. «Bien por ti», pensó Gale, aunque decepcionado. Tiró de Angie y siguió a los soldados, que salían a trompicones del hangar. Se repitió el aullido, aún más demoledor: era como si la realidad entera estuviera profiriendo aquel sonido temible, como si el cielo se estuviera viniendo abajo. Adelantaron al soldado que cojeaba, dejando un punteo de sangre en el suelo. Justo cuando alcanzaban la salida, el techo del pabellón se abolló con un crujido. Gale reprimió un grito.

—¡Corre, Angie! ¡Corre!

Y eso hicieron. Pisaron el asfalto de aquellas instalaciones viejas y la noche se llenó con el ruido de alas furiosas, de gimoteos demenciales, de rugidos. Algo había llegado, algo inmenso. En su huida, Gale casi pisó a una tortuga negra que escapaba, como ellos, del nudo de caos. Su concha era puntiaguda, cubierta de espinas. Gale miró al animal, perplejo, y ahora fue Angie quien tiró de él.

—¡Son venenosas! —le advirtió—. ¡No te pares! ¡No te pares!

Gale miró atrás. A través de la puerta desvencijada del hangar pudo ver a los dos gemelos. Miraban hacia arriba, inmóviles, exactamente en la misma postura que habían adoptado tras incorporarse. El techo se abrió como una cremallera sobre sus cabezas. Gale vislumbró una zarpa de una sola garra, una curva ósea afilada, y supo

que nunca volvería a ver a los dos jóvenes, que nunca resolvería el misterio de su familiaridad. Miró a Angie y este le apremió con un gesto. Asintió. Tenían que salir de allí.

Se empotró contra tinieblas y neblina rojiza, en dirección a la arboleda lejana que rodeaba la base aérea. La luna brillaba en el horizonte, sangrienta. El suelo retumbó cuando algo innombrable aterrizó dentro del hangar que dejaban a sus espaldas. Gale corrió, ignorando el corazón que le latía a velocidades desconocidas.

La noche era helada y húmeda, y la oscuridad parecía estar viva; ondeaba como el humo de un incendio a su alrededor. Desorientado y ya sin aliento, Gale boqueó para tomar más aire. Angie lo agarró del brazo y lo obligó a detenerse.

—Sube —le dijo. Gale tardó en comprender.

—¿Qué dices?!

—Que te subas a mí —insistió Angie—. Puedo cargar bastante peso y soy mucho más rápido que alguien con dos patas.

Gale dudó. Le parecía extraño, humillante para Angie, utilizarlo de montura, pero no había tiempo para discutir. Angie se agachó y Gale se agarró como pudo a sus hombros anchos y huesudos. El abdomen era suave y brillante. Gale se reclinó sobre él, rodeándolo, en un abrazo tan íntimo como desconcertante.

—¡Sujétate bien! —gritó Angie, mientras sus patas se organizaban y arrancaban a correr a una velocidad inesperada.

Abandonaron el asfalto y entraron de nuevo en territorio desconocido. Angie sorteaba desechos, piedras, ramas y demás obstáculos del camino con facilidad. «Es curioso —pensó Gale— que el más veloz fuera el que tenía más miedo de escapar». Entre los hierbajos y árboles maltrechos, alguna flor tóxica brillaba como un pequeño faro traicionero. Despedían un perfume excesivo, sofocante. Gale notó como la humedad de la neblina le empapaba la cara, ¿o estaba llorando sin saberlo?

Apenas llevaban unos minutos en movimiento cuando Angie aminoró la marcha; frenó con cuidado de no caer sobre el terreno, resbaladizo de humedad. Gale también los escuchó: pasos entre la vegetación. ¿Sería Adra? ¿Alguno de los hombres de Ciara? Escuchó rugidos nuevos, en algún punto indeterminado de los alrededores. Y justo cuando Angie iba a echar a correr de nuevo, algo cayó a plomo frente a ellos, bloqueando su camino.

Era la parte superior de un hombre partido en dos. Todavía estaba vivo. La cabeza balbuceaba entre los restos del casco despedazado, como si rezara. Gale reconoció al hombre que cojeaba. «Al menos ya no le dolerá el pie», pensó, y se horrorizó ante su propio humor negro. El rugido sonó a su espalda. Angie se giró despacio, con Gale a cuestas.

«Maldita mi suerte», pensó Gale e intentó tragar saliva. No le quedaba.

El Chacal era un alud de carne temblorosa, un cruce desproporcionado entre lagarto y coyote, entre pesadilla y delirio. Tenía dos pares de alas, uno enorme, el otro minúsculo; múltiples patas, cortas, de insecto. Ambos flancos del engendro estaban

rodeados de brazos retorcidos, rematados por una única garra. Donde debía estar su cabeza había un tajo sanguinolento, lleno de velos de carne, cartílago y venas tronchadas. En su lomo, entre las dos alas principales, había un largo tentáculo bamboleante, como un intestino desnudo, de cuyo extremo asomaba una cabeza diminuta de ojos imbéciles. Sus facciones eran una mezcla nauseabunda de reptil y anfibio, de hiena y cuervo. Gale comprendió que aquella no era su cabeza original. Era un parche, algo que había hecho crecer para sustituir la cabeza perdida.

—¡Corre, Angie! ¡Corre!

Antes de que el chico araña pudiera reaccionar, el Chacal se precipitó hacia delante y se convirtió en una sombra apenas visible, una montaña acelerada. Una corriente de aire pútrido pasó sobre ellos. Se escuchó el estruendo de árboles que se venían abajo; se oyeron detonaciones, un ruido exagerado que era al mismo tiempo una explosión y un grito de agonía.

Una sombra se deslizó en las tinieblas y fue en su dirección. Una letanía de disparos rompió la noche. El Chacal bramó y Gale se pegó más al abdomen de Angie.

—¡Gale! —llamó la sombra.

Era Adra. Bendita y loca Adra. Salió de entre los árboles como una visión prodigiosa.

—¡Venid conmigo, vamos! —les gritó—. ¡Vamos! ¡Por aquí!

Angie avanzó junto a Adra, con Gale a cuestas. Los guiaba sin dudar, como si la noche fuera día para ella. Indicó que se detuvieran. Alguien corría a unos metros de distancia, una sombra nueva que iba a su encuentro, que disparaba hacia atrás enloquecida. Era otro de los soldados de Ciara. Había perdido el casco y su rostro mostraba una expresión aterrorizada; uno de sus brazos terminaba en un muñón desgarrado. No esperaba a Adra. La joven saltó hacia él en un movimiento tan fluido como contundente. Solo necesitó un momento para romperle el cuello. Tomó el arma.

—Vamos, vamos, vamos...

Avanzó sigilosa, la cara contraída en un gesto de concentración intensa. Los rodeaba un caos de gritos y detonaciones de baja intensidad, quizá disparos de arma de fuego, quizá ensalmos. Adra resoplaba delante. Gale la veía mascullar entre dientes, pero era incapaz de entender lo que decía. Parecía estar contando. La oscuridad se les echaba encima, tintada de rojo. La neblina redoblaba su esfuerzo por cercarlos.

Adra se detuvo sin aviso y Angie casi chocó contra ella. Masculló un perdón educado, pero Adra no le prestaba atención. Miraba a lo lejos, más allá del follaje.

—Errantes —murmuró—. El ruido los ha atraído. Vienen hacia aquí. Son centenares.

—¿Qué son errantes? —preguntó Gale, otra vez.

Para su sorpresa, fue Angie quien contestó.

—Muertos que están vivos —dijo en un susurro—. Todo lo que matan se une a ellos. Es como un hormiguero, un enjambre que crece con cada nueva víctima. Da

igual lo que sea, da igual lo que se lleve por delante: animales, hombres, monstruos... todo se convierte en parte de él. Todo forma parte de él.

El resumen de Adra fue bastante más dramático. Señaló hacia el frente con la barbilla.

—Es eso.

Gale suspiró. Estaba cansado; cansado de tener miedo, cansado de huir. Ni siquiera la adrenalina lo sostenía ahora. Luego recordó el búnker donde había permanecido tantos años. Por lo menos había escapado. Era libre, aunque fuera a morir en los próximos minutos, era libre. Al menos había conseguido eso. Al menos había escapado de las garras de Klaus. ¿Qué sería mejor?, se preguntó: ¿ser despedazado por el Chacal o pasar a formar parte de una mente colmena? Se encogió de hombros. Tanto daba.

Una horda de siluetas negras apareció a unos metros de distancia. Por un momento creyó que una nube de luciérnagas volaba a su encuentro. Pero no era así.

Eran los ojos de aquellos seres. Ojos incendiados. Ojos brillantes. Ojos hambrientos.

OCHO

El fulgor se acercaba como una ráfaga de disparos lentos.

Adra levantó el arma y abrió fuego. El tableteo de su fusil se unió a la cacofonía que envolvía la noche; las balas levantaban polvo, carne y ruido; abrían agujeros grotescos en la formación de la manada errante.

—¡Por aquí! —gritó. Disparaba a una mano. Se volvió y echó a correr entre árboles raquíticos.

Gale y Angie tardaron en reaccionar. Las tinieblas se despejaban y mostraban la vanguardia de errantes: un caos de distintos cuerpos de diferentes criaturas, la mayoría en avanzado estado de descomposición. Había seres humanos allí, animales y demonios, una multitud silenciosa que mostraba al mundo sus colmillos y agujijones, sus zarpas y sus entrañas, sus cornamentas y su carne estragada. Aquella maraña de muerte viva estaba cubierta por una película líquida, un cruce entre rocío y sudario que caía como un cortinaje raído sobre sus cuerpos. Se movían de forma dispareja, unos se arrastraban, otros cojeaban. Lo único que se movía en sincronía en aquel espanto múltiple eran los ojos (ojos grandes, pequeños, como tajos, como bocas, ojos sangrientos, esmeralda, amarillos...). Y ahora todos esos ojos estaban clavados en ellos.

Gale pensó que aquello no ocurría, que era una maldición echada a otras dos personas, a otro pobre prisionero vestido de oscuro y a un chico araña al que nunca había conocido. Esas dos personas miraban hipnotizadas a la multitud de engendros que se aproximaba.

Apretó los dientes e hizo un esfuerzo por volver a la realidad.

—¡Corre, Angie! —gritó—. ¡Sácanos de aquí!

Este sacudió la cabeza en algo que pudo ser una negativa, pero obedeció la orden. Gale se aferró a sus hombros. El cuerpo de Angie se tensaba, espoleado por la adrenalina. No miró atrás.

Adra era un relámpago acelerado. Gale supuso que, de haber querido, la joven se habría puesto a salvo con facilidad; solo hacía falta ver cómo se movía para comprenderlo. Pero aflojaba el paso para que pudieran darle alcance. «No solo la alcanzaremos nosotros —pensó Gale—. También los errantes. Y el Chacal». Resopló. ¿Cómo se suponía que iban a salir vivos de allí? Gale daba por sentado que, en el gran orden de las cosas, su existencia no importaba nada. Pero le tenía bastante cariño a su vida, por desagradable que hubiera sido hasta ahora.

«Qué tontería», se dijo. Como si en este mundo hubiera un gran orden de las cosas.

—¡Por aquí! —gritó Adra. Frenó en seco y cambió de rumbo. Gale vio en la distancia el brillo turbio de los ojos de más errantes. También se aproximaban desde aquella dirección. «¿Mis ojos brillarán así cuando muera y me una a ellos?», se preguntó. ¿Seguiría sintiendo, pensando, sufriendo, una vez su conciencia fuera una con aquella masa?

Un rugido poderoso les heló la sangre y un pedazo de noche alzó el vuelo. Elevaron la vista al unísono, mientras los árboles quebradizos pasaban veloces a su alrededor. Era el Chacal. ¿Se marchaba? ¿Buscaba nuevas víctimas desde el aire? Varias figuras se precipitaron desde la sombra alada. Gale entrecerró los ojos. Eran errantes, pedazos desgajados de la manada, trozos de carne que caían desde las alturas. ¿La habían emprendido también con aquel monstruo? Sería una adquisición magnífica para la criatura múltiple, eso desde luego. Más sombras se destrozaron contra el suelo y contra los árboles. No lo iban a tener nada fácil para hacerse con ese manjar.

Adra se detuvo de nuevo. Se acuclilló, con una mano en el pecho y los ojos cerrados. Luego echó a correr en una dirección totalmente diferente. Angie y Gale vieron una figura clavada a un árbol, empotrada en él: era apenas un manchón en la corteza. Gale se aferró todavía más fuerte al cuerpo de Angie. Avanzaban a toda velocidad.

Los árboles desaparecieron del terreno y este cambió; el suelo se llenó de una gravilla carmín, molesta y resbaladiza. Adra soltó un improperio. Tenían a varios soldados de Ciara ante ellos. Eran seis; uno de ellos estaba postrado en el suelo y se sujetaba el pecho con las manos: hilachas de sangre escapaban de entre sus dedos. Los demás apuntaban hacia la izquierda, hacia el caos de siluetas que se aproximaba desde allí. A Adra tan solo le dedicaron un vistazo rápido, suficiente para comprender que no era una amenaza. A su derecha, el terreno se cortaba y daba paso a un talud de unos cinco metros de altura; de su pendiente emergía una maraña de raíces como serpientes momificadas.

El Chacal gritó en los cielos. Los errantes avanzaban veloces. Había dos grupos principales: el que se aproximaba hacia los hombres de Ciara y el que los perseguía a ellos. Iban demasiado rápido, hasta para Angie. Gale comprendió que no tenían escapatoria. Daba igual cuánto corrieran, los iban a atrapar. Un pájaro de pico largo y azul despegó de repente de un árbol cercano, huyendo de la amenaza, y a Gale se le aceleró aún más la respiración; sintió cómo los testículos se le encogían al tiempo que se le formaba un nudo en la garganta. Los errantes continuaban su marcha silenciosa, ni siquiera se oían sus pasos; muchos arrastraban tras de sí lo que en el pasado habían sido sus entrañas y que ahora no eran más que cordajes secos y polvorientos. ¿Cómo se movían tan rápido?

Los hombres de Ciara abrieron fuego. La propia Adra lo hizo, pero las balas no

conseguían frenar a aquel batallón de engendros. Por muy mutilados que estuvieran seguían avanzando. Eran imparables. Adra dejó de disparar y alzó la vista, como si buscara inspiración en la luna ardiente que se dejaba ver en las alturas. En su rostro había una inquietud que Gale desconocía. Puso una mano en el hombro del chico araña.

—Marchaos —les ordenó—. Huid todo lo rápido que podáis, dejad siempre la luna a vuestra derecha, ¿me entendéis? Seguid esa dirección sin desviaros y llegaréis a Testamento. Buscad a Jezek Darby. ¿Me habéis oído? ¡Jezek Darby!

—¿Y tú qué vas hacer? —le preguntó Gale.

Adra gruñó.

—Voy a perder la calma.

—¿Qué significa eso? —preguntó Gale.

La joven ignoró la pregunta y palmeó el abdomen de Angie, como si fuera un caballo cualquiera.

—¡Corred! —gritó Adra—. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Corred todo lo que podáis! ¡Y no miréis atrás!

La maraña de errantes se cernía sobre ellos. Adra se giró despacio. Angie corría veloz, un caos de patas que iban tan rápido que parecían no estar unidas al cuerpo. Gale no cumplió la última orden de Adra. No entendía qué estaba pasando. No apartó la mirada de ella. Sí, sí que pensaba mirar atrás, todo el tiempo que pudiera. Necesitaba saber qué ocurría.

Adra se encogió sobre sí misma y profirió un grito de dolor. Luego volvió a incorporarse, de golpe. Creció. Era imposible, pero había doblado su tamaño. Sus brazos se alargaron y se partieron en dos con un nuevo alarido de dolor, se abrieron formando extremidades extra. Sus manos, pequeñas, duras, ahora eran garras. Su espalda se ensanchó y las ramificaciones de hueso afilado que brotaban de su carne rasgaron su mono de prisionera. Gale vio que las vértebras-rama que surgían de su columna formaban alas gigantescas de marfil. Al final de su espalda, el coxis desgarró la piel blanca y una cola interminable de hueso se desenrolló en busca de la libertad.

—Es una contaminada —murmuró Gale, más allá de la sorpresa.

La vio saltar hacia delante, transfigurada en torbellino, y arremeter contra la línea de errantes que ya llegaba. Luego la noche se cerró sobre ella. Gale no apartaba la mirada de la oscuridad, agarrado a Angie como podía. Los disparos de los hombres de Ciara dejaron de oírse y comenzaron los gritos.

No llegaron muy lejos.

La sacudida y el alarido de Angie fueron consecutivos. Ambos rodaron por el suelo. Gale dio con su cara contra la tierra y se revolvió entre raíces medio desenterradas. Angie hipaba y gimoteaba un poco más adelante, con los ojos muy abiertos. A sus espaldas, el griterío continuaba.

Gale se arrastró hacia el chico araña.

—¿Cómo estás? —le preguntó—. ¿Puedes levantarte? ¿Puedes seguir?

—No lo sé, no lo sé, no lo sé —gimió Angie—. He tropezado con una de esas dichosas raíces. —Se agarró una pata e hizo una mueca. Intentó incorporarse, pero otras dos patas cedieron y cayó de nuevo.

Se hizo el silencio tras ellos.

Y, entre el silencio, un siseo. Luego el sonido de un trote acelerado, de zarpas que partían raíces a su paso.

Gale se giró despacio.

La oscuridad se abrió a su espalda. Una forma se catapultó en su dirección. Era enorme. Corría a cuatro patas. No, corría sobre dos patas y dos brazos. Otras dos extremidades estaban extendidas hacia él. Su rostro era una premonición.

Era Adra. Solo que no lo era. Los ojos, ahora de un turquesa imposible, centelleaban rabiosos. No había nada racional tras ellos, no había nadie detrás. Gale, casi por impulso, se levantó y se interpuso entre Angie y aquello que llegaba. La idea de huir se le pasó por la cabeza, pero la hizo a un lado.

Era difícil reconocer a Adra en aquella cosa. La nariz era larga, imponente: un hocico huesudo o tal vez un pico. La piel seguía en movimiento, como si la anatomía que ocultaba debajo todavía estuviera reacomodándose. Sus mandíbulas estaban sembradas de filos, sus ojos resplandecían; de sus mejillas, rotas, asomaban esquirlas de hueso. El pelo rubio de la joven ahora era oscuro, tiniebla, y se movía con vida propia. Los mechones, negros como petróleo, caían sobre sus hombros y se enredaban en sus brazos y en sus senos. Rugió, parada a unos metros de distancia. Su lengua era bífida.

—Adra, ¡somos nosotros! ¿No nos reconoces?

La criatura alzó su zarpa izquierda, un racimo tajante del que todavía pendían jirones de carne. Aulló y saltó hacia ellos.

—¡Adra! —gritó Gale.

El golpe fue brutal, una acometida salvaje. Gale dio un paso atrás. «Esa es mi sangre —pensó en un delirio—. Todo eso es mi sangre». El mundo era rojo y nebuloso bajo la luna.

Luego se volvió negro.

¡ESTE LIBRO NO ACABA AQUÍ!

En concreto, **continúa en el tercer libro**, *Testamento*, ya disponible en Amazon, también a 2,99 euritos de nada.

Y hay más cosas que queremos contarte:

- Si te ha gustado esta obra, **la mejor forma que tienes de echarnos una mano es recomendarla**. Deja una reseña en Amazon o en Goodreads. Pásale un enlace a otros lectores que creas que podrían disfrutarlo. Con tu ayuda, podremos seguir creando nuevas entregas de *Crónicas del fin*.
- Si quieres saber más (y leer más) de nosotros, puedes visitarnos en la web de Gabriella, la web de José Antonio o la web de Libertad.
- Si quieres recibir notificaciones y noticias de cualquier novedad sobre *Crónicas del fin* (como por ejemplo, ofertas especiales, portadas nuevas o lanzamientos), puedes suscribirte a nuestra lista de correo.
- Y si quieres más libros escritos entre Gabriella y José Antonio, puedes leer la novela juvenil *El fin de los sueños*, que es una mezcla de fantasía y ciencia ficción posapocalíptica que tiene dragones, edificios de cristal interminables, adictos a los sueños imposibles, adolescentes aventureros y, cómo no, un monstruo terrible. También tenemos *El día del dragón* si te apetece algo de fantasía cómica y disparatada dirigida a un público más joven. Sí... también salen dragones.
- ¿Quieres comentarnos algo del libro o preguntarnos alguna duda? **Escríbenos a cronicasdelfin@gabriellaliteraria.com**. Nos encantará hablar contigo.

NOTAS Y AGRADECIMIENTOS DE LOS AUTORES

Sigue el viaje. Las crónicas del fin acaban de comenzar y todavía nos queda mucho por contarte. No estamos solos en esta empresa. Tenemos la suerte de trabajar con una red de seguridad tremenda: nuestros maravillosos lectores cero, que siempre están ahí, atentos a nuestras meteduras de pata, a nuestros flirteos con la incoherencia, a nuestra excesiva sed de sangre... Gracias a los lectores beta que se atrevieron con esta segunda parte:

A Rafa de la Rosa y a Manu, a Nihil, a Carlos Sánchez Baos, a Carmen y a Paula, a José Miguel Cano, a Silvia Gregori y a Inés G. Labarta, a Elías F. Combarro, a Ana González Duque. Apreciamos vuestra ayuda más de lo que os podríais imaginar. A Blanca, el Ojo Que Todo Lo Ve. Y por supuesto a David Gambero, a Elena Pastor y a Fantasma, a quienes están dedicados estos primeros dos libros.

Gracias por velar por Adra y Gale. Y por Winston. Os prometemos que volverá en la próxima entrega. No tendréis que llevar a cabo ninguna de vuestras terroríficas amenazas.

Nuestros siguientes agradecimientos son para nuestros colaboradores favoritos: la fantástica Libertad Delgado, que tiñó de rojo lunar a Gale para esta portada, y Valentina Truneanu, que volvió a darle formato a nuestras aventuras. No dejéis de contar con Libertad para vuestras necesidades gráficas y con Valentina para vuestras maquetas. Trabajar con ellas es un privilegio.

El último agradecimiento es, como siempre, para nuestras familias, amigos y para ti, lector, por apoyarnos y darnos vida. Esperamos que también nos eches una mano en nuestro siguiente viaje: *Testamento*, el tercer libro de estas nuestras Crónicas.

¿Nos veremos allí?



GABRIELLA CAMPBELL (Londres, 6 de agosto de 1981). Es licenciada en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, Experta en Comunicación y directora de Ediciones Parnaso. Ha trabajado en radio y traducción y fue ganadora del Premio Ignotus de Poesía 2006. Fue secretaria de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror de 2006 a 2008, además de columnista de la revista Tierras de Acero y ha publicado artículos, poemas y relatos en diversos medios. Su primer poemario fue el trabajo temático *El árbol del dolor*, escrito en colaboración con Víctor Miguel Gallardo para Ediciones Efímeras bajo licencia Creative Commons. Tras *El árbol del dolor* ha publicado el compendio de poesía *Happy Pills* con la editorial granadina Alea Blanca.



JOSÉ ANTONIO COTRINA (Vitoria, España, 8 de julio de 1972). Comenzó a publicar a principios de los noventa, relatos en su mayor parte. Da el salto a la novela con *Las fuentes perdidas* (La Factoría de Ideas) en el año 2003. Desde entonces ha orientado su carrera hacia la literatura juvenil, con obras como *La casa de la Colina Negra* (Alfaguara), la trilogía *El ciclo de la Luna Roja*, *La canción secreta del mundo* (Ambas con la editorial Hydra) y *El fin de lo sueños* (Plataforma). Tiene varios premios en su haber, entre ellos el UPC de novela corta de ciencia ficción por *Salir de Fase*, y el premio Alberto Magno, del que ha sido ganador en tres ocasiones.

Mezcla sin pudor ni vergüenza la fantasía, la ciencia ficción y el terror, a veces hasta en la misma historia. Sus historias se caracterizan por la importancia de los escenarios, los giros argumentales sorprendentes y por un gusto por lo oscuro y macabro que lo emparentan con Clive Barker, autor del que Cotrina se confiesa seguidor.

En colaboración con Gabriella Campbell ha escrito *El día del dragón*, publicada por Naufragio de Letras y la pentalogía *Crónicas del Fin*.

Ha sido traducido al inglés, al polaco, al checo, al italiano y al chino y canta fatal.